

LA BIBLIA EN MEDITACIONES

Desde el Génesis al Apocalipsis

En ella Dios nos habla

Dr. Benjamín Martín Sánchez
profesor de Sagrada Escritura y Canónigo
de la S. I. Catedral de Zamora (España)

*Eres digno, Señor, Dios nuestro
de recibir la gloria, el honor y el poder
porque Tu has creado el universo,
porque por tu voluntad lo que no existía
fue creado (Apoc. 4,11)*

EDITORIAL APOSTOLADO MARIANO
Recaredo, 44 - 41003 Sevilla.

Con licencia Eclesiástica
ISBN: 84-7770-474-4
Deposito Legal: Gr. 1983-99
Imprime: Azahara S.L.
Printed in Spain

PRESENTACIÓN

Queridos lectores:

Aquí tenéis la Biblia expuesta desde el Génesis al Apocalipsis, en 140 meditaciones. El que vaya leyendo cada día una de estas meditaciones y reflexione un poco sobre ellas, se dará cuenta del contenido de toda la Biblia, y como ésta «es la palabra de Dios escrita» (Conc. Trento). «Una carta enviada por Dios desde el cielo a los hombres que van peregrinando por este mundo lejos de su patria celestial» (S. Grag. M. lib. 4, epist. 84; S. Agustín in Ps. 90), no dudo que este libro será el libro mejor de meditaciones, por estar todas ellas basadas en los Libros Santos y porque en ellas Dios nos habla.

«Cuando tu oras», dicen los Santos Padres, hablas a Dios, pero cuando lees la Biblia, Dios te habla». En la oración hablamos Dios y yo, y conviene dejarle a Él que hable más que nosotros y llevemos a la práctica todas sus enseñanzas que tenéis encerradas en este libro.

El Concilio Vaticano II, «recomienda insistentemente a sacerdotes y fieles la lectura asidua de la Escritura, y especialmente la recomienda a los sacerdotes y religiosos «para no volverse predicadores vacíos de la palabra», y a todos los fieles para que adquieran la ciencia suprema de Jesucristo, porque «ignorar las Escrituras es ignorar a Cristo» (DV. 25, S. Jer. in Is.)

Benedicto XV en su encíclica «Spiritus Paraclitus», con palabras de San Jerónimo, dice: «Apaciéntese nuestra alma diariamente con la divina lectura. Leamos con íntima afición los Sagrados Libros y meditemos allí día y noche en la Ley del Señor, para acertar como peritos cambistas a distinguir la moneda legítima de la falsa».

El célebre Menéndez Pelayo le daba tanta importancia a la lectura y conocimiento de la Biblia, que llegó a decir: «El olvido de la Biblia es una de las principales causas de la decadencia y empobrecimiento de nuestro espíritu religioso» (Obras compl, XI, p. 284)

Dios nos habla en la Biblia. Este es un hecho histórico de gran transcendencia. Dios que nos habla por naturaleza sin

palabras ni frases (Sal. 19, 2; Rom. 1, 19-20; Job 12, 7 y Sab. 13, 1) nos ha querido hablar directamente *«muchas veces y de diversas maneras: antiguamente por los profetas -como veremos- y últimamente por medio de su Hijo»* Jesucristo (Heb. 1, 1-2)

Dios invisible habla a los hombres. El hombre siempre ha podido oír a Dios, escuchar su palabra y darle la respuesta. Esta respuesta es *la fe*, que nos hace aceptar lo que Dios dice y vivir conforme a ello.

A todos recomiendo mi **Biblia selecta**, y especialmente estas meditaciones, porque en ellas tenéis también el contenido esencial de la misma Biblia, y pudieran serles más asequibles, si bien ambas se complementan.

Advierto que en estas primeras meditaciones, por comparar vg. el primer versículo del Génesis: *«Al principio creó Dios los cielos y la tierra»*, con el primer versículo del Evangelio de San Juan: *«Al principio era el Verbo... y por Él fueron hechas todas las cosas»*, espero no se vean como desviaciones del asunto a tratar, sino aclaración de conceptos, y así nos vemos precisados a hablar de Jesucristo y del misterio de la Trinidad...

Por lo que hace al Nuevo Testamento, me limito a hacer resaltar las ideas principales a estas preguntas: ¿Quién es Jesucristo?, ¿Quién es la Virgen María? ¿Quién es San José? y ¿Quiénes son los apóstoles?... y en los Hechos, resalto las ideas del mismo con estas otras dos preguntas: ¿Quién es San Pedro? y ¿Quién es San Pablo? y algunas de sus cartas las voy dando a conocer, resaltando en ellas sus pensamientos principales..., ya que el N.T. es más conocido y todos pueden leerlo fácilmente.

Dios quiera que estas meditaciones bíblicas conduzcan a todos a un mayor conocimiento de Dios, de Jesucristo y de todas las verdades que Él nos ha revelado, porque son las que pueden guiarnos a todos por el camino de la virtud y de la santidad.

Benjamín MARTÍN SÁNCHEZ

UNA BREVE ACLARACIÓN INTERESANTE

Decimos que la Biblia es la palabra de Dios y en ella Dios nos habla. De hecho vemos que Dios hablaba a los profetas y por ellos al pueblo, y en casi todos los profetas menores, a su comienzo se lee: «*Palabra del Señor dirigida a Oseas, a Joel, a Amós, etc.*» Veamos ahora cómo se manifestaba a los hombres y cómo nos habla:

1º Diversas maneras de manifestarse:

Unas veces tomaba un aspecto sensible, por ejemplo de un ángel o de un hombre (Jue. 6, 11). Otras hablaba desde una nube (como desde el Tabernáculo o desde el monte Sinaí (Núm. 12, 5; 11, 25; Ex. 24, 16). Otras veces desde el fuego (como en la zarza encendida: Ex. 3, 2). En el esplendor de la luz (como a San Pablo: Hech. 9). En el murmullo del viento (como a Elías: El Rey. 19, 12-15). Por ilustración interior, en visiones, en sueños: (Núm. 12, 6-8, Sam. 16)

2º ¿Cómo nos habla Dios?

El Concilio Vaticano II nos dice: «Dios habla en la Escritura por medio de hombres y en lenguaje humano» (DV.12), y por tanto no deben extrañarnos estas expresiones: *Dios dijo... Dios miró... Dios se arrepintió...* En Dios no cabe el arrepentimiento y se acomoda a nosotros para hacernos ver la malicia de los hombres y nuestro inicuo proceder...

También vemos que Dios se amolda a las condiciones humanas cuando vemos que Abraham es visitado por Dios como un huésped, pues los tres personajes que le visitaron eran una aparición de Dios como se desprende del pasaje bíblico (Gén. 18)...

Y lo más interesante para nosotros es saber que Dios nos habla en la actualidad por medio de Jesucristo, pues por los Evangelios vemos que Él, Dios hecho hombre vivió entre los hombres y sus palabras las tenemos en ellos, las que podemos leer todos los días. *Cuanto está escrito en la Biblia para nuestra enseñanza fue escrito.* (Rom. 15, 4).

ANTIGUO TESTAMENTO

Los libros del Antiguo Testamento... muestran a todos el conocimiento de Dios y del hombre y el modo como Dios, justo y misericordioso, trata con los hombres.

Estos libros... contienen enseñanzas sublimes sobre Dios y una sabiduría salvadora acerca del hombre, encierran tesoros de oración y esconden el misterio de nuestra salvación.

Concilio Vaticano II. DV. 15

GÉNESIS

El Génesis es el primer libro de la Biblia, que empieza tratando del origen del mundo y del hombre, y en él Dios se nos revela como el Ser Supremo, Creador de cuantas cosas existen. (Con este libro empezamos las meditaciones propuestas)

1ª. Al principio... DIOS

Lo primero que se nos revela en la Biblia es el dogma fundamental de la verdadera religión: la existencia de un Dios único y eterno, que aparece antes del mundo cuando no existía nada. El mundo, pues, tuvo principio, y por tanto no es eterno.

La expresión «**al principio**», quiere decir «al comienzo del tiempo», cuando fuera de Dios, o sea, antes del primer acto creador no existía criatura alguna, ni ángeles... Como nota San Agustín, Dios creó a la vez el tiempo y las criaturas.

Al principio creó Dios los cielos y la tierra. Decimos en plural «los cielos», entendiendo: El **atmosférico**, en el que se mueven las aves; el **sideral**, en el que se mueven los astros, y el **empíreo**, donde está Dios de un modo especial con los santos... «**Los cielos y la tierra**» indican el «universo entero», el mundo de las cosas visibles: el firmamento, las estrellas... y las invisibles, los ángeles...

La existencia de Dios nadie puede negarla. «*Sólo el necio, en su corazón, dice: No hay Dios*» (Sal. 13, 1). El filósofo Balmes comenta:

«¿Existe Dios? ¿Existe algún Hacedor del universo? Levanta los ojos al firmamento, tiéndelos por la faz de la tierra, mira lo que tu mismo eres, y viendo en todas partes grandor y orden, di si te atreves: Él acaso es quien ha hecho el mundo, el edificio es admirable, pero no hay arquitecto...». ¿Es posible afirmar que las cosas se hacen por sí solas sin hacedor alguno? No hay duda que el Hacedor de este mundo es un ser omnipotente, y éste no es otro que Dios.

Dios creador. San Agustín dice también: «Entre todos los objetos visibles, el mayor de todos es el mundo y entre todos los invisibles, el mayor es Dios. Pero que hay mundo lo

vemos, y que haya Dios lo creemos. Por lo que toca a haber hecho Dios este mundo, a ninguno debemos creer con más seguridad en este punto que al mismo Dios.

¿Y qué nos ha dicho Dios? *«Yo soy el Señor Hacedor de todas las cosas, el que lo ha hecho todo, el que sólo despliega los cielos y sostiene la tierra»* (Is. 44, 24)

«Alzada a los cielos vuestros ojos y mirad, ¿quién los creó?. (Is. 40, 26)

«Toda casa ha sido fabricada por alguno, pero el Hacedor de todas las cosas es Dios» (Heb. 3, 4)

De la revelación de Dios, Ser Supremo y creador de todas las cosas se derivan todos nuestros deberes para con Él *«Con toda tu alma honra al Señor. Con todas tus fuerzas ama a tu Hacedor»* (Eclo. 7, 32)

2ª. ¿Cómo podemos conocer a Dios?

A Dios lo podemos conocer por la revelación divina, o sea, por la Biblia, y también con la luz natural de la razón, y lo podemos conocer con toda certeza por la contemplación de las obras visibles de la creación, como por los efectos a su causa.

En el libro de la Sabiduría leemos: *«Vanos son por naturaleza todos los hombres que carecen del conocimiento de Dios, y por los bienes que disfrutan no alcanzan a conocer al que es la fuente de ellos, y por la consideración de las obras no conocieron al Artífice... Pues de la grandeza y hermosura de las criaturas, por razonamiento se llega a conocer al Hacedor de éstas... Porque si pueden alcanzar tanta ciencia y son capaces de investigar el universo, ¿cómo no conocen más fácilmente al Señor de él?»* (Sab. 13, 1-9).

Aquí se nos dice que los paganos pudieron conocer la existencia de Dios, y porque carecen de esta ciencia los reprende llamándolos vanos, necios..., pues pudieron conocer a Dios con el mismo entendimiento que conocen las cosas de este mundo.

También el apóstol San Pablo nos dice claramente: *«Desde la creación del mundo lo invisible de Dios, su eterno poder y su divinidad, son conocidos mediante las criaturas. De*

manera que son inexcusables, por cuanto conociendo a Dios no le glorificaron como a Dios... y alardeando de sabios se hicieron necios. Pues trocaron la verdad de Dios por la mentira y adoraron y sirvieron a la criatura en lugar del Creador» (Rom. 1, 18-25).

¿Quién no ve claramente en este texto que los paganos de hecho conocieron a Dios, y que por no glorificarle son inexcusables y dignos de reprensión?

Como consecuencia reflexionemos sobre estas palabras que nos dice Dios por medio del profeta Jeremías: *«No se glorie el sabio de su sabiduría, no se glorie el poderoso de su poder, no se glorie el rico de sus riquezas. El que se gloria, se glorié de esto: en tener la inteligencia y conocerme a Mi, que yo soy Yahvé que hago misericordia, derecho y justicia en la tierra; porque estas son las cosas en que me complazco, dice Yahvé» (Jer. 9, 23-24)*

Cuantos conocemos a Dios, démosle las debidas gracias por depender de Él y le tributemos las debidas alabanzas, a las que nos invita constantemente el salmista: *«Alabad al Señor todas las gentes, alabadle todos los pueblos...» (Sal. 117).*

3ª. Al principio era el Verbo

En la primera página de la Biblia se nos revela la existencia de Dios, creador del cielo y de la tierra (Gén. 1, 1), y en la primera página del Evangelio de San Juan se nos revela la existencia del Verbo, que es la Palabra del Padre, su Hijo unigénito, que en el tiempo se encarnó: *«El Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros» (Jn. 1, 14).* El Verbo hecho hombre, se llama Jesucristo, y *«por Él fueron hechas todas las cosas y sin Él nada se hizo de cuanto existe» (Jn. 1, 3).*

Según estos textos, tenemos que el Verbo, que es el mismo Hijo de Dios, Jesucristo, es también como el Padre, creador de todas las cosas y por tanto Jesucristo y Dios son el mismo Dios creador.

Tenemos que saber que así como un hijo natural de un hombre tiene la naturaleza de su padre, así Jesucristo, por ser Hijo natural de Dios Padre, tiene la misma naturaleza del Padre, y por tanto es Dios como lo es el Padre.

Jesucristo tuvo dos nacimientos: **uno eterno**, «nacido del Padre antes de todos los siglos», como decimos en el Credo de la Misa, y nace del Padre de modo semejante a como el pensamiento y la palabra nacen del espíritu del hombre, por eso el Hijo de Dios se llama también el Verbo (=la Palabra), y otro nacimiento es el **temporal**, porque queriendo hacerse hombre, nació en el tiempo de la Virgen María, y, como sabemos por los Evangelios, donde tenemos su vida, recorrió toda la Palestina, el Israel de hoy e hizo muchos milagros, demostrando que Él era Dios, como el Padre, y así vemos que resucitó muertos, dio vista a los ciegos, etc., y por eso dijo a los judíos: *«Si no me creéis a Mi, creed en mis obras porque ellas dan testimonio de Mi»*. Y como les dijera a su vez: *«Muchas obras buenas hice con vosotros de parte de mi Padre. ¿Por cual de ellas me queréis apedrear?. Respondieron: No te apedraremos por obra alguna buena, sino por la blasfemia, porque tu siendo hombre, te haces Dios»* (Jn. 10)

Los judíos entendieron que les demostraba que era Dios y no quisieron creerle, y bien claro les dijo: *«El Padre y Yo somos una misma cosa»*. *«Quien me ve a Mi, ve al Padre»* (Jn. 14, 9). Él es el retrato del Padre, «la imagen de Dios invisible» (Col. 1, 15). *«Yo estoy en el Padre y el Padre en Mi»*, *«El que me honra a Mi, honra al Padre que me envió»* (Jn. 5, 23).

Y cuando dijo: *«El Padre es mayor que yo»* (Jn. 14, 28), lo dijo por razón de su naturaleza humana como hombre, y así decimos: «Igual al Padre según su divinidad, y menor que el Padre según su humanidad» (Credo del Pueblo de Dios).

Honremos, pues, a Dios Padre e igualmente al Hijo, que por el gran amor que nos tenía vino a este mundo a redimirnos: «Te adoramos, oh Cristo y te bendecimos que con tu santa cruz redimiste al mundo y a mi pecador».

4ª. Creo en Dios Padre... Creo en Dios Hijo... Creo en el Espíritu Santo.

En el Credo tenemos las verdades reveladas que debemos creer. Todos los días al santiguarnos pronunciamos el misterio de la Santísima Trinidad: «El nombre del Padre, y del Hijo y del Espíritu Santo».

Este misterio es el más grande de nuestra fe, y lo creemos porque Dios nos lo ha revelado, y aunque no lo comprendamos porque lo infinito no cabe dentro de nuestro limitado entendimiento, lo creemos por tenerlo claramente revelado en la Biblia (Mt. 28, 18-20; 3, 17-18; 2 Cor. 13, 13 etc.)

Y claramente la revelación nos dice: «*No hay más que un solo Dios*» (Dt. 6, 4; 1 Cor. 8, 4). «*Yo, Yahvé, el único*» (Is. 45, 21) mas este Dios único es Padre, Hijo y Espíritu Santo, y es lo que llamamos la Santísima Trinidad, es decir, en Dios hay tres personas distintas. El Padre es Dios, el Hijo es Dios y el Espíritu Santo es Dios, pero no son tres Dioses, sino un solo Dios, porque los tres tienen la misma naturaleza divina (Ejemplo, aunque imperfecto, lo tenemos en un árbol con tres ramas, las ramas son distintas, y forman un solo árbol).

Las tres divinas personas son **iguales en perfección** y no hay inferioridad de una respecto de otra, porque, como hemos dicho, es una misma la naturaleza divina que tienen las tres.

Las tres divinas personas **son eternas**, porque en la procedencia de una persona de otra se excluye la sucesión del tiempo, y así resulta que el Hijo de Dios es eterno como el Padre y existe desde que existe el Padre, y lo aclaramos con el siguiente ejemplo:

«El fuego produce su resplandor, el cual existe desde el mismo instante que existe el fuego. Si hubiera un fuego eterno, eterno sería su resplandor» (S. Agustín). Ahora bien, en la Biblia se nos dice que el Hijo es *como el brillo de la luz eterna* (Sab. 7, 26), *el resplandor de la gloria del Padre y la imagen de su substancia* (Heb. 1, 3). Luego la imagen perfectísima de Dios existe desde que existe Dios, o sea, eternamente.

Este misterio, el más grande del cristianismo, lo recordamos al santiguarnos: «En el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo», y al decir: «Gloria al Padre...», y en este nombre se administran los sacramentos: el del bautismo: Yo te bautizo en el nombre...» y en el de la penitencia: «Yo te absuelvo de tus pecados en el nombre...»

En el nombre de la Santísima Trinidad, San Francisco Javier y San Salvador de Horta hicieron muchos milagros...

Gloria al Padre, Gloria al Hijo y gloria al Espíritu Santo.

5ª. Dios Creador de Cielos y Tierra

La tierra donde se mueven los hombre, el cielo atmosférico donde aparecen las aves, el cielo sideral, donde se hallan el sol, la luna e infinidad de astros y el cielo empíreo donde están los ángeles y santos gozando de la felicidad eterna..., son todas obras grandiosas de Dios creador...

Cuando uno piensa en la variedad maravillosa de seres terrestres y las maravillas de toda la creación, no puede uno menos de admirar la grandeza de Dios y la pequeñez del hombre, y a la vez en medio de su pequeñez la grandeza del conocimiento que Dios le ha dado, bien puede exclamar: «*¡Qué grande es Señor, tu nombre en toda la tierra!* (Sal. 8)

Para ver la grandeza de Dios, pues ¡sólo Él es grande! contemplemos en una noche serena las estrellas que adornan el firmamento. ¡Cuán grandes son! Parecen pequeñas a simple vista; pero veamos qué nos dicen los astrónomos:

La tierra, en que habitamos, está completamente aislada en el espacio, y es uno de los satélites del sol, a cuyo alrededor se mueve vertiginosamente. A pesar de toda su inmensidad relativamente a nosotros, es uno de los astros más pequeños del universo.

El planeta **Júpiter** es 1.300 veces mayor que la tierra, y el sol es también un millón de veces mayor que ella.

El sol dista de nosotros 150 millones de kilómetros. Caminando por el espacio a la velocidad de la luz, que es de 300.000 kilómetros por segundo, se llegaría al sol en el tiempo de ocho a nueve minutos.

Si hiciéramos el viaje en avión, tendríamos que pasar, volando de noche y día, sin descansar un instante y a la velocidad de 1.000 kilómetros por hora, sesenta y dos años y medio.

Fijémonos en las estrellas, las que a simple vista se nos presentan en el cielo como tenues lucecitas, más débiles aún que las de las lámparas de nuestros templos. La realidad, no obstante, es otra muy distinta. Cada uno de esos puntitos blancos e insignificantes es un magnífico globo de luz de grandísimas dimensiones, otros tantos soles iguales al nuestro, y muchos incomparablemente más grandes que él.

Al saber que existen millones y millones de astros que giran en un orden admirable, ¿quién no ve que nos están obligando a admitir a un Dios omnipotente y creador del universo?

En el Génesis se nos presenta un esquema literario semítico de los seis días de trabajo y el séptimo de descanso para honrar a Dios creador, que es lo que nos dice el Éxodo:

«Seis días trabajarás y harás tus obras; pero el séptimo día es de descanso, pues en seis días hizo Yahvé los cielos y la tierra, el mar y cuanto hay en ellos, y el séptimo día descansó; por eso lo bendijo Yahvé y lo santificó» Ex. 20, 9-11). Y como hechura que somos de Dios, justo es que le demos el debido culto, especialmente el domingo llamado «día del Señor».

6ª. El hombre es hechura de Dios

Dios, después de haber creado la luz, el sol y demás astros del cielo y formar la tierra y crear toda clase de animales, creó al hombre a su imagen y semejanza, y le dio el señorío sobre todos ellos.

El cuerpo del hombre lo formó Dios del polvo de la tierra, y luego le inspiró un soplo de vida, es decir, infundió un alma en el cuerpo así creado (Gén. 2, 7). Luego formó a la mujer, en cuanto al cuerpo, del costado del hombre, es decir: El hombre fue formado de la tierra y la mujer del hombre, y el alma de cada uno fue creado directamente por Dios. Ellos formaron la primera familia humana. El cuerpo se distingue del alma, pues ésta es inmortal. **El cuerpo volverá a la tierra de la cual fue formado, y el alma, volverá a Dios que le dio el ser»** (Ecl. 12, 7)

El matrimonio fue instituido por Dios nuestro Señor en el paraíso terrenal cuando unió como esposos a Adán y Eva para que viviesen siempre juntos en mutuo y fiel amor. Entonces dijo Dios: *«Dejará el hombre a su padre y a su madre y se unirá a su mujer y vendrán a ser los dos una sola carne. Lo que Dios unió que no lo separe el hombre»* (Gén. 2 18-24).

En este capítulo del Génesis surgen dos cuestiones: 1ª referente a la formación del hombre y 2ª si todos procedemos de Adán y Eva.

1ª cuestión: La Biblia dice que Dios, después de haber creado todos los animales, creó al hombre al que formó del polvo de la tierra y no nos dice que proceda por evolución de una especie del reino animal. Esto sería rebajar al hombre, creado a imagen y semejanza de Dios.

Algunos dicen: «No es preciso entender a la letra lo del «polvo de la tierra» en la formación del cuerpo de Adán. En absoluto, Dios pudo utilizar el cuerpo de un animal, perfeccionándolo e infundiéndole el alma racional para convertirlo en hombre. Pero esta hipótesis está muy lejos todavía de poderse convertir en tesis científicamente demostrada».

El inmortal Pío XII en su encíclica «*Humani generis*», dice: «Algunos empero, con temerario atrevimiento, traspasan esta libertad de discusión al proceder como si el mismo origen del cuerpo humano, de una materia viva preexistente, fuera cosa absolutamente cierta y demostrada por indicios hasta ahora encontrados y por los razonamientos de ellos deducidos, y como si, en las fuentes de la revelación divina nada hubiera que exija en esta materia máxima moderación y cautela» (D. 2327)

2ª cuestión: No faltan quienes pongan en duda que todos procedemos de Adán y Eva; pero por estos textos: «*No había hombre que cultivase la tierra*, y por Gén. 3, 20 y Hech. 17, 26, se deduce que no hay poligenismo en la Biblia, y hoy esta hipótesis carece de pruebas. Por tanto todos procedemos de Adán y Eva, y no de Adán y Eva y otras parejas.

El célebre Dr. Díez-Macho, gran biblista dice en su Historia de la salvación: «No hay poligenismo. Los científicos no ven razones que obliguen a suponerlo. Todos los hombres ha pecado en Adán, como dice San Pablo (Rom. 5, 12) y enseña la Iglesia. Y Pío XII en la «*Humani géneris*» dijo que no era compatible con la verdad revelada sobre el pecado original.

Dios creó al hombre a su imagen y semejanza, y lo creó «*para que alabe su santo nombre y pregone la grandeza de sus obras*» (Eccl. 17, 3) y *para que guardando sus mandamientos consiga la vida eterna*» (Mt. 19,

7ª. El pecado de nuestros primeros padres

El pecado de nuestros primeros padres: Adán y Eva, se llama **original** porque de ellos trae origen. Dios como supremo Hacedor del hombre, tiene derecho a dar sus leyes y prohibiciones para que el hombre sienta que no es independiente de Dios, sino que le está sujeto y debe obedecerle.

Dios quiso someterles a una prueba para ver si le eran fieles.

Los colocó en un paraíso o hermoso jardín y les dijo: «*Podéis comer del fruto de todos los árboles del paraíso, a excepción del llamado árbol del bien y del mal, porque el día que de él comiereis, quedaréis sujetos a la muerte*» (Gén. 2, 16-17)

La tentación. En esta narración se supone la caída de los ángeles rebeldes, que fueron también sometidos a prueba, y unos se rebelaron contra Dios y pecaron y a estos no los perdonó, sino que los arrojó en el infierno (2 Pe. 2, 4). El jefe de todos los malos: el demonio, llamado también diablo o Satanás, valiéndose de la serpiente, la que le sirvió de máscara, fue el que tentó a nuestros primeros padres, y, como leemos en el libro de la Sabiduría: «*Por envidia del diablo entró la muerte en el mundo*» (2, 24)

El diablo, envidioso de la felicidad de nuestros padres, por medio de la serpiente le dijo: «**De ninguna manera moriréis..., el día en que comiereis de él, se os abrirán los ojos y seréis como Dios, conocedores del bien y del mal**» (Gén. 3, 4-5) y como la mujer viese que el árbol era bueno para comer..., tomó de su fruto y dio de él a su marido, el cual también comió.

Entonces «se les abrieron los ojos» no para adquirir mayores conocimientos o para ser como Dios, sino para reconocer su propia miseria y el engaño del demonio. Ellos, por usar mal de la libertad, que Dios les había dado para el bien, al emplearla para el mal, pecaron y por este pecado que fue de desobediencia con raíz en la soberbia, perdieron para sí y para sus descendientes los dones sobrenaturales y la amistad con Dios, y así quedaron sujetos al trabajo penoso, al dolor y a la muerte.

San Pablo lo dice así: «*Por un hombre entró el pecado en el mundo y por el pecado la muerte, así la muerte alcanzó a todos los hombres, porque todos pecaron (en Adán)*» (Rom. 5, 12)

Por el pecado original, el mundo quedó convertido en un valle de lágrimas, y sobrevino el castigo para todos. La tierra quedó maldecida por causa de tal pecado, y Dios dijo: «*Comerás el pan con el sudor de tu rostro, hasta que vuelvas a la tierra, de la que fuiste formado, porque polvo eres y al polvo volverás*» (Gén. 3, 14-19).

La consecuencia que podemos sacar de este relato es ver la malicia que encierra el pecado, el que todos podemos cometer, si damos oídos al diablo tentador, quebrantando los mandamientos de Dios.

Dios por el profeta Jeremías dice: *«Tu misma maldad te condenará... para que sepas y veas cuán malo y amargo te es el haber abandonado a Yahvé tu Dios, y haber perdido mi temor, dice el Señor Yahvé de los ejércitos»* (2, 19)

Nota: Contestaremos a la dificultad que ponen algunos: «Por qué hube yo de nacer en pecado?»

Muchos dicen: No se comprende que por el delito de un solo hombre hayamos sido condenados todos los hombres. ¿Por qué hube yo de nacer en pecado, si fueron ellos solamente, nuestros primeros padres, los que cometieron la culpa?. Ellos fueron los que pecaron, yo no.

Quizá podamos aclararlo con un símil:

«Pongamos a un propietario que en los buenos tiempos tenía 10.000 hectáreas de terreno y un magnífico castillo; pero con su vida frívola, los desperdició. Al nacer sus hijos, no quedaba de la magnífica fortuna más que el nombre. Ellos tenían derecho a la herencia, y la habrían poseído si el padre se hubiera portado como debía; sin embargo, nacieron ya sin fortuna, privados de la misma. Los pobres no tenían la culpa ¿verdad?, no son responsables del pecado de su padre, y con todo ya no pueden entrar en el antiguo castillo».

Así ocurre también con el pecado original, no lo cometimos nosotros, y, no obstante, sufrimos sus consecuencias. Así comprenderemos el símil interesante de Pascal, defensor ingenioso de la religión católica, quien aludiendo al pecado original, se expresa de esta manera: «El hombre es un mendigo, que descende de una familia noble» (Tihamér Tot).

8ª. Promesa del Redentor

Dios, nuestro Señor, por ser Padre misericordioso, al ver a nuestros primeros padres caídos en el pecado, se compadeció de todos, e hizo una **promesa de redención** en la que anuncia que el diablo sería vencido y vendría un Redentor (que sería Cristo). He aquí las palabras del anuncio redentor: Dijo Dios a la serpiente:

«Pongo enemistad entre ti y la mujer, y entre tu descendencia y la suya; ésta te aplastará la cabeza cuando tu le asedies el calcañal» (Gén. 3, 15).

Este texto, llamado de «el Protoevangelio», es profético, pues encierra una promesa de esperanza y redención del género humano por medio del Hijo de una mujer misteriosa, que vencerá al demonio de la misma manera que el hombre aplasta la cabeza de una serpiente.

Pío IX en la bula «Ineffabilis Deus», dice: «Los Padres y los Doctores enseñan que en este oráculo divino se nos ha manifestado clara y manifiestamente de antemano el Redentor misericordioso del género humano Jesucristo, Hijo único de Dios, que la bienaventurada Virgen María, su Madre, se encuentra allí igualmente designada y que sus enemistades contra el demonio están allí señaladas con evidencia».

Con San Pablo diremos: «*Gracias sean dadas a Dios, que nos da la victoria por nuestro Señor Jesucristo*» (1 Cor, 15, 57), pues por Él lo reparó y lo restauró todo y aparece ya en el horizonte de los tiempos la obra maestra de Dios, la Encarnación del Hijo de Dios.

La reparación por el pecado ¿no podría haberla hecho otro en vez de Jesucristo? La reparación por el pecado no podía sustituirla el hombre por el sacrificio u ofrenda de animales, ni él podía satisfacer a Dios por sus pecados, porque la ofensa se mide por la dignidad de la persona ofendida, y crece en relación a tal dignidad, Un soldado vg. da una bofetada a otro soldado, compañero suyo, y no reviste tanta gravedad como si se la diera a un capitán o a un general.

Pues bien, al ser Dios el ofendido, nuestro pecado o culpa, como ofensa hecha a Dios, es casi infinita, esto es, reviste una gravedad infinita por razón del término o persona a la que hemos ofendido, y exige por tanto, una satisfacción o reparación infinita, y ésta sólo pudo hacerla el Hombre-Dios, o sea Jesucristo, pues como hombre pudo padecer y como Dios darle a sus sufrimientos un valor infinito.

Al ver el gran amor de Dios a los hombres que nos redimió del pecado, de la esclavitud del demonio y de la condenación eterna por medio de la pasión y muerte de Jesucristo y además nos mereció la gracia, la dignidad de hijos de Dios y el derecho a la gloria, ¿qué hemos de hacer, sino darle las más expresivas gracias por tanto beneficios recibidos? Por eso San Pablo dice: «*Cuando éramos enemigos de Dios, fuimos reconciliados con Él por la muerte de su Hijo*» (Rom. 5, 10).

9ª. El crimen de Caín

Adán y Eva, en virtud de la bendición de Dios: «*Creced y multiplicaos... y dominad la tierra*», tuvieron varios hijos e hijas (Gén. 5, 4). La Biblia sólo nos nombra a tres: Caín, Abel y Set, y por ellos ha querido señalarnos el cauce de la historia de la salvación a través de Set... Noé... Abraham, etc.

Caín era labrador, y Abel pastor. De las ofrendas hechas a Dios, las de Abel le fueron más gratas por ofrecerle lo mejor del rebaño, y las de Caín no lo eran por ofrecerle lo peor de sus cosechas...

Caín se dejó llevar de la envidia... y un día invitó a su hermano a ir al campo, y cuando estaban solos, creyendo que nadie los veía, mató a su hermano Abel... y al momento se dejó oír la voz de Dios que le clamó desde el cielo: «*Caín, ¿qué has hecho La voz de la sangre de tu hermano está clamando a mi desde la tierra. Por eso andarás maldito... y cuando labres la tierra no te dará su fruto*».

Caín reconoció su culpa y dijo es demasiado grande mi pecado para soportarlo, y anduvo errante y fugitivo... He aquí el primer hombre que no espera perdón. ¡Cuántos pecadores no conocen tampoco la grandeza de las misericordias del Padre Dios, e imitan a Caín en la desconfianza y la desesperación!

Dios castiga el pecado, y aunque lo odia por su maldad, no deja de amar infinitamente al pecador, pues «*Dios, como dice por el profeta Ezequiel, no quiere la muerte del pecador, sino que se convierta y viva*». (33, 11). Dios espera siempre al pecador y le da tiempo para que se convierta... y si se arrepiente, Dios ya no tiene en cuenta sus pecados.

Esta narración de Caín nos hace comprender la malicia del pecado, y que por el pecado, el odio, la envidia, el crimen y las guerras se remontan ya a los primeros siglos de la humanidad.

¡Cuántos crímenes hay hoy en el mundo, y la sangre derramada no deja de clamar al cielo contra ellos!. Procuremos todos obrar siempre el bien.

Las obras buenas y la virtud siempre son alabadas. «*La virtud engrandece a los pueblos, mientras que el pecado los hace miserables*» (Prov. 14, 34).

10. Longevidad de Adán y sus primeros descendientes

He aquí lo que nos dice la Biblia: *«Fueron todos los días de Adán 930 años y murió... Todos los días de Set, 912 años y murió... Y todos los días de Matusalén (que fue el que más vivió) fueron 969 años y murió...»* (Gén. 5, 5 ss). No deja de ser admirable esta longevidad de las primeras generaciones... Vivieron mucho tiempo, y al fin, después de decir los años que vivieron, termina diciendo con el estribillo *«y murió»*.

Algunos científicos han dicho que por el análisis del paleolítico inferior el hombre primitivo vivía pocos años, pero otros, sin embargo, afirman que no es improbable esta longevidad, atendiendo al vigor primitivo de la raza humana y de su vida santa (Gén. 6,3; Prov. 10,27) y porque Dios quería favorecer la población rápida del universo y para conservar las tradiciones de las revelaciones divinas.

Aunque hoy, no esté aún suficientemente explicado ni resuelto este problema, el hecho es, según la Biblia, que después de la longevidad del hombre en los comienzos del mundo, aparece una disminución notable de ella después del diluvio y la extremada cortedad de la vida media de los hombres.

Antes del diluvio vivían ocho siglos y algunos pasaron de nueve; después del diluvio, las cabezas de familias que se nombran en la Biblia, no se alargaba más allá de los cinco siglos, y luego se va acortando sucesivamente, y así vemos que Taré, el padre de Abraham, vivió 205 años, Abraham 175, Isaac 180 y Jacob 147...

El salmista dice que los días de nuestra vida son 70 años, 80 los más fuertes... y a lo más que suelen vivir algunos son hasta los 100 o muy pocos más y ya llenos de achaques y dolores, y dice el Eclesiástico *¿y que son 100 años comparados con la eternidad? Son menos que una gota de agua comparada con todo el mar»* (Eclo. 18,8), y él mismo nos dice: - *«Acuérdate de que la muerte no tarda y no sabes cuando vendrá»* (Eclo. 14,12).

Dios sabe el porque nuestra vida es corta; pero bien podemos decir que, en general, al pecado hemos de atribuir las causas que aceleran la muerte... Tengamos odio al pecado y vivamos virtuosamente, pues un día, no tardando, aun a los

que viven mucho, se le aplicará el estribillo: *«et mortuus est»* = *murió*.

«Dispón de tu casa -pon en orden tus cosas- porque morirás» (Is. 38,1) No temamos la muerte, porque es el paso para la vida eterna y feliz. El Kempis nos dice: *«Podéis morir de un momento a otro... La muerte os espera en todas partes; pero, si sois prudentes, en todas partes la esperaréis vosotros»*.

11. Los dos diluvios

La Biblia nos refiere la existencia de dos diluvios: uno de agua y otro de fuego:

El diluvio de agua.. Los descendientes de Adán y Eva, pasados varios siglos, como se multiplicasen y con ellos sus muchos pecados, *«pues la tierra estaba llena de maldad»* (Gén. 6,5), Dios mandó un gran castigo, el diluvio, que inundó toda la tierra, al parecer, en la parte en la que entonces vivían todos los hombres.

En aquel tiempo, el que halló gracia ante Dios, fue Noé *«Varón justo y modelo de virtudes»* (Heb. 11,7), y al él le mandó hiciera un arca en forma de barco, porque iba a mandar un diluvio sobre la tierra, y después de haber trabajado en su construcción por espacio de mucho tiempo en presencia de todos, exhortándolos en vano a que se convirtieran e hicieses penitencia, dijo Dios a Noé: *«Entra tu y toda tu familia en el arca, pues sólo tu has sido hallado justo en esta generación... Dentro de siete días voy a hacer llover sobre la tierra, cuarenta días y cuarenta noches...»* (Gén. 7,1 y 4)... y fueron en total sólo ocho personas. Estas fueron Noé y su mujer y sus tres hijos: Sem, Cam y Jafet y las mujeres de estos, y con ellos Dios quiso que fuera poblada la tierra de nuevo... La historia de la salvación continua a través de Noé y luego de Abraham...

El diluvio de fuego. En tiempos de Abraham, los habitantes de Sodoma y de las ciudades colindantes eran muy perversos y muy grandes pecadores, cuyos pecados de impureza clamaban venganza al cielo.

Un día, Dios se apareció en forma de peregrino a Abraham y le comunicó lo que iba a hacer contra aquellas ciudades nefandas, y se entabla este diálogo. Abraham le dice:

«Señor, ¿queréis perder al justo con el injusto? Quizá haya cincuenta justos en aquella ciudad. ¿Acaso destruirás y no perdonarás al lugar por los cincuenta justos?... Díjole el Señor: Si hallare en la ciudad cincuenta justos, perdonaré a todo el lugar por amor a ellos.

E insistió Abraham diciendo: Y si se encontraran sólo 45 justos... y si fueran sólo 40... treinta... y si se encontraron allí diez?...

El señor estaba dispuesto a perdonarla, pero no había diez justos, y mandó a Lot y a su mujer con sus dos hijas, que salieran de ella, y luego vino un diluvio de fuego sobre ellas y las abrasó (Gén. 18 y 19).

Notemos que por no haber diez justos que orasen y hubieran intercedido por su perdón, no se salvaron aquellas ciudades. ¡Cuánto vale la oración de las almas santas! Por eso dice San Pablo: *«El mismo Isaías ya antes había dicho: Si el Señor de los ejércitos no nos hubiera dejado una semilla -un grupo de almas santas- habríamos venido a ser como Sodoma y asemejados a Gomorra»* (Rom. 9,29).

A las puertas de los Conventos y de tantas almas, entregadas al servicio de Dios y de la oración, deberíamos llamar para suplicarles que no cesaran de orar y rogar a Dios por nosotros.

12. Abraham, padre de los creyentes

Después del diluvio universal, andando los siglos, como se pervirtieran los descendientes de Noé, haciéndose idólatras, Dios en su bondad siguió amando a los hombres y quiso formar un pueblo. A este fin escogió y llamó a Abraham, de entre aquella generación mala, para que fuera el padre de este pueblo. Abraham vivía en Ur de Caldea sobre el año 2000 antes de Cristo, y Dios le dijo:

Sal de tu tierra, de tu parentela, de la casa de tu padre, para la tierra que yo te indicaré. Yo te haré un gran pueblo, te bendeciré y engrandeceré tu nombre... y serán benditas en ti todas las naciones de la tierra» (Gén.12, 1-3).

La vocación de Abraham es muy importante, porque con él empieza la historia del pueblo de Israel, el pueblo escogido de Dios, y además la historia de la redención del género humano.

De la futura descendencia de Abraham nacería un día el Mesías, Jesús de Nazaret. La partida de nacimiento de Jesús puede verse en (Mt. 1, 1-16). Y a la profecía dicha hace referencia San Pablo al decir: *«En ti, en uno de tus descendientes, que es Cristo, serán benditas todas las naciones de la tierra»* (Gálatas, 3,16)

Dios hizo una promesa a Abraham y luego a su hijo Isaac y más tarde a Jacob, de darle una descendencia numerosa, y como señal empieza haciendo una alianza con Abraham, cambiándole el nombre **Abram** (padre excelso) por Abraham (padre de multitudes).

Lo más notable en la vida de Abraham es su fe y su caridad. Su fe fue muy grande, pues habiéndole prometido Dios una descendencia como las estrellas del cielo..., ve pasar los años sin tener hijos y Sara, su mujer es estéril y él sigue creyendo en la promesa, y a los cien años le da un hijo, Isaac; y cuando éste es mayorcito, le dice: *«Vete ahora con él al monte Moriah y lo sacrificas»*. El obedeció, y según iba, decía *«Poderoso es Dios para resucitarlo»*... y al irlo a sacrificar, un ángel detiene su mano, diciéndole: *«No mates a tu hijo Isaac, porque ahora sé que temes a Dios...»* (Gén. 22, 11-12).

Y su caridad, al ver que Dios iba a destruir las ciudades de Sodoma y Gomorra, porque amaba a sus semejantes, a pesar de ser culpables, intercede por ellos. San Pablo llama a Abraham, *«Padre de los creyentes»* (Rom. 4,11).

Debemos imitar a Abraham siguiendo a Dios donde nos llama. Hay diversas vocaciones y estados de vida, y entre todas siempre descuella la que regala el Señor a sus predilectos, que es la vocación a la vida de la perfección cristiana, la que se logra mediante la observación no sólo de los mandamientos, sino de los consejos evangélicos: Castidad, pobreza y obediencia. A todos como a Abraham, Dios nos dice: *«Anda en mi presencia y sé perfecto»* (Gén, 17,1).

13. Dios habla a los patriarcas

Después de haber hablado Dios a Abraham, habló también a su hijo Isaac renovando la misma promesa... y des-

pués a Jacob (a quien Dios le cambió un día su nombre por el de **Israel**, y por eso los judíos se llaman «israelitas»).

Isaac se casó con Rebeca, joven, hermosa, hija de Batuel y nieta de Nacor, hermano de Abraham. Vivieron veinte años sin tener hijos, y al cabo de este tiempo, Dios oyó la oración de Isaac, y tuvo dos niños mellizos: Esaú y Jacob. Esaú nació primero, y como mayor tenía derecho a la bendición paterna por la que debía quedar constituido cabeza de familia y heredero de las promesas hechas a Abraham. Pero sucedió que cierto día al volver de caza, rendido de cansancio y angustiado por el hambre, encontró a su hermano Jacob que acababa de sazonar un plato de lentejas. Entonces dijo a Jacob: Por favor, déjame comer ese guiso rojo, porque estoy desfallecido.

Jacob le respondió: *Véndeme ahora mismo tu primogenitura. Entonces dijo Esaú: Estoy a punto de morir, ¿para qué, pues, me servirá el derecho de primogenitura?. Jacob le dijo: Júrame lo ahora mismo, y él le juró y vendió a Jacob su primogenitura»* (Gén. 25, 31-33).

Esaú no pudiendo contener su ansioso apetito, le cedió enseguida con juramento dicho derecho de primogenitura, de cuyo acto tuvo luego gran pesar. Jacob también se valió con cierto engaño para robarle la bendición paterna, y así se cumplió el dicho de que «*el mayor serviría al menor*» (Gén. 25, 23). (Véase cap. 27 del Génesis).

Reconociendo luego Esaú la locura de haberle vendido la primogenitura, y de haberle Jacob robado la bendición, le amenazó de muerte. Asustada Rebeca, dijo entonces a Jacob que huyese a Jaram a casa de sus hermano Labán hasta que se le pasase la cólera a su hermano. Rebeca preparó el ánimo de Isaac para que este aprobase y bendijese el viaje de Jacob, y así lo hizo recomendándole que no tomase mujer entre las hijas de Canaán, sino que fuese a Mesopotamia, a casa de Batuel, el padre de su madre y allí tomara mujer entre las hijas de Labán, hermano de su madre.

Puesto Jacob en camino, conforme al consejo de su madre, al verse sorprendido en descampado por la oscuridad de la noche, y cansado de caminar, tomó una piedra, la puso por cabecera y se quedó dormido.

En sueños vio una escala que descansaba en la tierra y llegaba al cielo, y por ella subían y bajaban los ángeles del Señor. En lo más alto de la escala estaba el Señor y le recordó las promesas hechas a Abraham y a su padre Isaac:

«Yo soy Yahvé, Dios de Abraham tu padre, y Dios de Isaac; la tierra en que estás echado te la daré a ti y a tu descendencia, y ésta será como el polvo de la tierra... y en ti y en tu descendencia serán benditas todas las naciones de la tierra. Yo estoy contigo a donde quiera que vayas y te traeré a esta tierra, porque no te abandonaré... Al despertar dijo: Ciertamente Yahvé está en este lugar, y yo no lo sabía... Esta es la casa de Dios y la puerta del cielo (Gén. 28, 13-19).

Jacob siguió su camino y llegó al país de los orientales, y hallando unos pastores que abrevaban los rebaños, les dijo si conocían a Labán y al contestarle afirmativamente, fue a su casa, y allí en Mesopotamia, se puso al servicio de su tío Labán, tomando a su cargo la guarda de ganados, y más adelante se casó con sus hijas Lea y Raquel, a la que tanto amaba.

Aprendamos la lección de Jacob, él estaba con Dios y por eso Dios estaba con él y así le salieron bien todas las cosas.

14. Regreso de Jacob a su país

Después de haber estado Jacob durante veinte años guardando los rebaños de Labán, como éste le fuera teniendo envidia a causa de las muchas riquezas con que Dios le bendecía, y lo mirase con desdén, Dios le dijo: *«Vuelve a la tierra de tus padres y a su parentela, y yo estaré contigo... Yo soy el Dios de Betel donde ungiste un monumento y donde me hiciste un voto. Ahora, pues, levántate, sal de esta tierra y vuelve a la tierra de tu nacimiento» (Gén. 31,3 y 13).*

No tardó mucho Jacob en ponerse en camino con cuanto poseía. Llamó a Raquel y a Lea, y propuesto el viaje hizo subir a ellas y a sus hijos sobre los camellos, y se llevó por delante todos los ganados y todas las riquezas que había adquirido (el ganado procurado con su trabajo en Mesopotamia) para volver a Isaac, su padre, en tierra de Canaán; más cuando llegó al Jordán, sintió un gran temor

para presentarse ante su hermano Esaú; pero confió mucho en el poder de la oración, y oró así «¡Yahvé! Dios de mi padre Abraham y Dios de mi padre Isaac, que me dijiste: vuelve a tu tierra y a tu patria y te bendeciré. Soy indigno de todos tus beneficios y de la gran benevolencia que has dispensado a tu siervo, porque sólo con mi cayado pasé este Jordán y ahora poseo dos grandes rebaños. Líbrame, te ruego, de la mano de Esaú, porque le temo...» (Gén. 32, 9-11).

Cuando llegó la noche, se le apareció cierto personaje misterioso, el cual no pudiendo derribar a Jacob, le tocó en el tendón de una pierna, dejándolo cojo. En el acto Jacob conoció que había peleado con un ángel del Señor y le pidió la bendición.

«El ángel le preguntó: ¿Cuál es tu nombre? «Jacob» contestó éste. Entonces le dijo: En adelante no te llamarás ya Jacob, sino Israel; porque has luchado con Dios y con hombres y has prevalecido» (Gén. 22, 27-28).

El ángel le dio la bendición y desapareció. Desde entonces los hijos de Jacob comenzaron a llamarse indistintamente hebreos o israelitas.

Yisrael = Israel significa «Luchador de Dios» o «el que lucha con Dios». Un intérprete llama a este episodio «la lucha de oración de Jacob», «la lucha dramatizada», el que reza bien, vence a Dios.

Jacob prosiguió su camino y con su habilidad y muchos regalos logró aplacar el enojo de su hermano Esaú y se dieron un abrazo de paz. Jacob pasó más tarde por Betel y se dirigió a Mambré, donde le esperaba su padre Isaac. Antes de llegar a Belén (que tenía el nombre de «Efrata») le sorprendieron a Raquel los dolores de parto, y expiró poco después al dar a luz a Benjamín (= hijo de la diestra), al que llamó Benoni (= hijo de mi dolor), y allí fue enterrada.

A continuación Jacob llegó a ver a su padre Isaac, al que tuvo el indecible consuelo de abrazarlo. Trece años más tarde murió el santo patriarca lleno de merecimientos y bendiciendo al Señor, a la edad de 180 años. Esaú y Jacob le enterraron al lado de sus padres: Abraham y Sara y de su esposa Rebeca, en la gruta de Macpelá.

Tenemos que admirar la vida santa de Jacob al que Dios le hablaba con frecuencia, y su vida de oración admirable, y

el saber apaciguar a su hermano Esaú, que tanto le odiaba y así lograrse dar un abrazo.

De aquí hemos de deducir el gran valor de la oración y de la caridad.

15. Historia de José

Jacob tuvo doce hijos, que fueron cabezas de las doce tribus de Israel, y cuyos nombres son: Rubén, Simeón, Leví, Judá, Dan, Neftalí, Gad, Aser, Isacar, Zabulón, José y Benjamín. Al que más quería Jacob era a José, *«porque le había tenido en su vejez, y por eso le hizo una túnica de varios colores»*. Este hecho despertó envidia en sus hermanos, y se acrecentó por unos sueños que les contó. Uno de ellos fue éste:

«Escuchad (les dijo con inocencia), el sueño que he tenido; Veía que el sol, la luna y once estrellas se postraban ante mi» (Gén. 37, 6-10). Sus padres y sus hermanos que se lo oyeron, comprendieron enseguida su significado, y dijeron: ¿Es que vas a reinar sobre nosotros y nos vamos a postrar ante ti? A causa de estos sueños y de una acción mala que les vio hacer, por la que les denunció ante su padre, le odiaban y ya no querían hablarle y se llenaron más de envidia.

Llegó un día en que Jacob dijo a José: *«Tus hermanos han ido a Siquem a apacentar sus ganados, vete a ver si están bien y vuelve a decírmelo»*. Fue José en busca de sus hermanos, y éstos al verlo de lejos concibieron el proyecto de matarlo.

Se decían unos a otros: Ahí viene el soñador. Vamos a matarle... Rubén, al oír esto, trató de librarle de sus manos y le dijo: *No le quitemos la vida, arrojadlo en ese pozo que está en el desierto, y era con el fin de conseguirlo y poderlo devolver a su padre...*

Una vez que llegó José a su presencia, lo despojaron de la túnica que traía puesta y lo arrojaron en un pozo sin agua... Entonces dijo Judá a sus hermanos: *«¿Qué ganaríamos con matar a nuestro propio hermano y ocultar su sangre? Mejor es venderlo. Pasando luego por allí unos ismaelitos se los vendieron en veinte monedas de plata y lo llevaron a Egipto»*.

Después mataron un cabrito y mancharon con su sangre la túnica de José y se la llevaron a su padre, el cual exclamó

al verla: *«Es el vestido de mi hijo, una bestia salvaje lo habrá devorado»*. Y Jacob lloró a su hijo José sin cesar.

Mientras Jacob lloraba la pérdida de su hijo, los mercaderes ismaelitas, llegados a Egipto, lo vendieron de nuevo a un ministro del faraón llamado Putifar. Dios estaba con José y como todo le salía bien, Putifar lo apreciaba mucho y lo nombró su administrador.

Un día la mujer de Putifar lo incitó al pecado diciéndole *«acuéstate conmigo»*. Pero él rehusó diciéndole: *«¿Cómo voy a hacer tan gran mal y pecar contra Dios?»*.

Aquella mala mujer no cesaba de incitarle al pecado, y un día le agarró del manto y él huyo dejando el manto en sus manos, y luego lo denunció calumniándole que José era el que le había seducido, y al gritar ella, huyendo él le dejó el manto en sus manos. Putifar creyó a la mujer, y metieron a José en la cárcel.

Como José era bueno y Dios estaba con él, el carcelero se dio cuenta de sus buenas cualidades y lo hizo guardián de los presos, entre los que estaban el copero y el panadero del rey, a los que interpretó unos sueños que habían tenido... Más tarde como el rey hubiera tenido unos sueños y no hallando intérpretes de ellos, le dieron cuenta de José, que habría interpretado los sueños de dichos copero y panadero y era el que podía descifrárselos.

El faraón o rey de Egipto mandó a llamar entonces a José, que arreglado y cambiado de vestido, se presentó ante él, y referidos los sueños le dijo: *«No soy yo, es Dios quien dará una respuesta favorable»* Sus sueños significaban que vendrían siete años de abundancia y siete de escasez... Después añadió José: *Busque un ministro inteligente que haga reserva de grano durante los años de abundancia. Entonces el rey le dijo: «Ya que Dios te ha dado a conocer todo esto, tu vas a ser esa persona inteligente, y le dió el gobierno de todo Egipto.*

La lección que podemos aprender de José, es vivir como él, con temor de Dios, pues si Dios estaba con José, es porque él estaba con Dios... José no quiso pecar cuando fue incitado al mal, porque tenía a Dios siempre presente. *«Si pensáramos que Dios nos ve, nunca o casi nunca pecaríamos»*, dice Santo Tomás.

16. Los hermanos de José van a Egipto

Después de los siete años de abundancia en los que José mandó recoger el trigo sobrante, vinieron los siete años de escasez, y el pueblo clamaba al rey pidiendo pan, y él les dijo: «*Id a José, y haced lo que os diga*».

José abrió los almacenes, y de todos los países iban a Egipto a comprar trigo. Y entonces se hizo sentir también el hambre en Canaán. «*Al saber Jacob que había trigo en Egipto, dijo a sus hijos: Bajad allá y compradlo para que vivamos y no muramos*» (Gén. 42, 1-2).

Los diez hermanos de José se pusieron en camino; pero su padre retuvo consigo a Benjamín. Ellos llegaron felizmente a Egipto y comparecieron ante José, sin conocerle. José los conoció al momento, y deseando saber de Benjamín, pues no lo veía entre ellos, disimuló, y fingiendo que no sabía quienes eran, les dijo con bastante aspereza: «*Vosotros sois espías*».

«*Ellos le contestaron: No, señor mío; tus siervos han venido a comprar trigo. Todos nosotros somos hijos del mismo padre, somos hombres de bien; jamás tus siervos han sido espías... Somos hermanos, hijos de un mismo padre en la tierra de Canaán; el menor está todavía con nuestro padre, y el otro ya no existe*» (Gén. 42, 10s).

A esto dijo José: Yo temo a Dios. Si sois gente de bien, un hermano vuestro quede en la cárcel donde estáis; más vosotros id y llevad el trigo para remediar el hambre de vuestras casas, y me traeréis a vuestro hermano más pequeño para que se confirmen vuestras palabras y no muráis». «Entonces se dijeron unos a otros: en verdad que nosotros somos culpables por lo de nuestro hermano, porque vimos la angustia de su alma al suplicarnos él y no le escuchamos, y por eso nos ha sobrevenido esta tribulación».

Mientras decían esto, pensaban que José no los entendía, porque hablaba por medio de intérprete. Pero él los entendió del todo, y volviéndose a un lado, derramó lágrimas.

Después Simeón fue encarcelado. José mandó a los criados que llenasen los sacos de los demás con grano, y que pusiesen secretamente el dinero de cada uno en su saco. Partieron tristes para Canaán y contaron a su padre Jacob

todo lo sucedido, y como el virrey exigía que le llevarasen a Benjamín. Cuando vaciaron los sacos y cada uno halló su dinero, se asustaron mucho...

Consumamos al poco tiempo los víveres traídos de Egipto. Jacob mandó a sus hijos que volvieran a Egipto... Y Jacob se oponía a dejar ir ahora con ellos a Benjamín, al fin a duras penas lo dejó partir con ellos, y les encargó que le llevaran el doble de dinero, porque creía sería una equivocación el haberles dejado el dinero de la anterior compra en los sacos... Partieron todos ellos para Egipto donde llegaron felizmente.

José, al saber que habían llegado sus hermanos y con ellos Benjamín, llamó a su mayordomo y le dijo: *«Lleva esos hombres a mi casa y prepara una buena comida porque al mediodía comerán conmigo. Llegada la hora, el mayordomo los hizo entrar. Estaban muy amedrentados y le hablaron del dinero hallado en los sacos, pero él les dijo: Sosegaos, no tengáis miedo»* luego sacó a Simeón de la cárcel.

Cuando apareció José, se postraron ante él los once hermanos (el sueño de José se cumplía), y los saludó con afabilidad. Después de decirles a su pregunta, que su padre vivía y que aquél era su hermano menor, José dijo a Benjamín. *«Que Dios te bendiga hijo mío, y como se conmovieran sus extrañas a su vista por ser hijo de Raquel como él, se retiró a llorar.*

Después de hacer pasar a sus hermanos por nuevas pruebas, una vez reunidos todos, no pudiendo ya José contenerse por más tiempo, mandó retirar a todos los extraños, dio un grito con gran llanto, y dijo:

«Yo soy José, vuestro hermano a quien vendisteis.

A estas palabras, sus hermanos se llenaron de terror y espanto, porque sabían muy bien cual era el castigo que merecía su crimen. Pero José los consoló y con cariño les dijo: *«Acercaos a mi y se le acercaron y les añadió: «Yo soy vuestro hermano José, a quien vendisteis para ser traído a Egipto; pero ahora no os entristezcáis y no os pese de haberme vendido para aquí, porque Dios me envió ante vosotros para conservar vuestra vida»* (Gén. 45, 3-5).

Luego abrazó a su hermano Benjamín tiernamente y después uno a uno todos sus demás hermanos, y le dijo que se

apresuraron a volver a su padre y decirle que yo vivo todavía que Dios me ha hecho señor de toda la tierra de Egipto; que venga a mi sin tardanza y habitará la parte más bella de este país y tendréis víveres en abundancia, pues faltan aún cinco años de hambre, y luego se trasladó con toda su familia, que se componían de setenta personas y los colocó en Gésen, el país más fértil.

¿Qué nos enseña esta historia de José? Nos enseña cuán admirables son los caminos de la Providencia. Dios supo sacar bienes de los males que les causaron sus hermanos, pero notemos que de nuestra parte nunca hemos de hacer mal con pretexto de hacer bien a otros, porque el mal como mal siempre es pecado. José salvó a sus hermanos y supo hacer el mayor bien, perdonándoles y luego sustentándoles a todos sus hijos.

ÉXODO

17. Moisés, el libertador de Israel

El libro del Éxodo nos narra la salida de Egipto y nos da a conocer la gran figura de Moisés, una de las más importantes de la historia religiosa de Israel. El fue su caudillo, su legislador y su libertador.

Andando los años, los descendientes de Jacob, que eran setenta personas al establecerse en Egipto, formaron pronto un verdadero y numeroso pueblo o nación, según la promesa que Dios hizo a los patriarcas Abraham, Isaac y Jacob. Este aumento alarmó a los egipcios de tal manera, que uno de los reyes «que no había conocido a José», comenzó a imponerles trabajos y a maltratarlos; pero como sucediese que entre más los oprimían en sus trabajos, tanto más aumentaban en número, dio esta orden iniqua: «Arrojaréis al río to-

dos los niños que nacieren a los israelitas. Preservad sólo a las niñas» (Ex. 1, 22).

Por aquel tiempo nació Moisés, que había de ser el liberador del pueblo de Dios. Moisés fue un niño de los hebreos, que fue puesto por su madre en una cesta embadurnada entre los juncos del río Nilo por si podía salvarlo.

Una hermana del niño, llamada María, lo observaba desde lejos, y en esto la hija del faraón se fue a bañar, y, al ver la cesta la destapó y vio al niño que lloraba. Tuvo compasión de él, y exclamó: *«Este es un niño de los hebreos»*. Luego se le acercó la joven, que lo observaba como si fuera extraña, y le dijo:

«¿Quieres que vaya a buscar una madre hebrea para que amamante para ti este niño? Vete, le contestó la hija del faraón, y la joven fue y llamó a la madre del niño» (Ex. 2, 7-8). La hija del faraón se lo entregó, y cuidó de él, y cuando fue mayor, la misma hija del faraón lo adoptó por hijo, y le puso el nombre de «Moisés», que significa «sacado del agua» o «del agua te salvé», y adquirió en su palacio una gran cultura aprendiendo las artes y las ciencias.

Más llegó un día que, aunque educado en la corte, no olvidó Moisés a sus hermanos. Un día viendo que un egipcio daba golpes a un hebreo, fue contra el egipcio y lo mató. De esto se enteró el rey y por temor a él, Moisés huyó al desierto de Madian, allí pastoreaba los ganados de su suegro, y al acercarse un día con su ganado al monte Horeb, se le apareció el Señor en medio de una zarza que ardía sin consumirse.

Cuando Moisés se acercó a ver aquel prodigio, le llamó Dios y terminó diciéndole: *«He visto la aflicción de mi pueblo en Egipto... el clamor de los hijos de Israel ha llegado hasta mí, y también he visto la opresión con que los egipcios los tratan. Yo te envío al faraón para que saques a mi pueblo, los hijos de Israel, de Egipto... Yo estaré contigo. Después Dios reveló a Moisés su nombre.* (Ex. 3, 14).

Y así le dijo: *«Yo soy el que soy. Así dirás a los hijos de Israel. YO SOY me manda a vosotros. Este es mi nombre para siempre»*.

Y luego le concedió el poder de hacer milagros con la vara que llevaba en la mano.

Nota: El nombre de Dios en hebreo es «Yahvé» (más correcto que Jehová). Dios habló a Moisés en primera persona: EHYEH = YO SOY, y nosotros lo denominamos en tercera: «YAHVE = EL QUE ES. Él es el ser por esencia, el que existe por la fuerza de su ser, el que no ha recibido ni ha podido recibir su Ser de nadie, del que reciben su existencia todos los seres de la creación, y en su sentido histórico significa: El que está con vosotros para asistiros, defenderos y haceros felices.

Dios, que es el creador del mundo y del hombre, nos ama a todos y por su dignación piadosísima quiere llamarse y ser nuestro Padre, y por eso con fe y correspondiendo a su amor hemos de dirigirnos a Él con la oración que nos enseñó Jesucristo: *«Padre nuestro que estás en el cielo santificado sea tu nombre...»*

18. Moisés ante el faraón y obstinación de éste

Al querer Dios librar a su pueblo de la esclavitud de Egipto, quiso que Moisés, que *«había sido instruido en toda la sabiduría de los egipcios y era poderoso en sus palabras y obras»* (Hech. 7, 22), se presentase con su hermano Aarón ante el faraón para sacar de Egipto a su pueblo.

Presentados ante el faraón le dijeron: *«He aquí lo que dice el Señor, Dios de Israel: «Deja partir a mi pueblo para que me ofrezca una fiesta en el desierto. A lo cual respondió el faraón con soberbia: «¿Quién es Yahvé para que yo escuche su voz y deje ir a Israel? Yo no conozco al Señor y no dejaré salir a Israel»,* (Ex. 5, 2) y desde aquel momento oprimió aún más a los israelitas con trabajos muy penosos.

Entonces Aarón arrojó al suelo su vara, la que se convirtió en serpiente e hicieron otros milagros... El faraón quedó pasmado, pero su corazón quedó endurecido y no dejó partir al pueblo.

Dios le dijo a Moisés: *«El faraón no os escuchará, pero yo pondré mi mano sobre Egipto y sacaré de la tierra de Egipto a mi ejército, mi pueblo, los hijos de Israel, y conocerán los egipcios que yo soy Yahvé»* (Ex. 7, 4-5). *«Yo endureceré el corazón del faraón»*. Entendamos que no lo hizo empujándolo al mal, sino abandonándolo a su antojo, porque él abusando de su libertad (pues Dios nos la da a todos para hacer el bien), se obstinó en su terquedad impía y mereció que Dios lo castigase con el endurecimiento, y

así resaltó más el poder de Dios y su misericordia con Israel.

Entonces Dios mandó diez plagas sobre los egipcios; 1ª el agua convertida en sangre; 2ª la invasión de las ranas; 3ª la de los mosquitos; 4ª de las moscas; 5ª la peste mortífera; 6ª tumores; 7ª granizo; 8ª langostas que arrasaron los campos; 9ª tinieblas; 10ª la muerte de los primogénitos.

Todas estas plagas se las mandó Dios como castigo, y el faraón aunque al ver cada plaga seguía con la tentativa de dejar salir al pueblo de Israel, luego se volvía a endurecer su corazón.

La última fue la definitiva, pues al ver la muerte de todos los primogénitos de familias y animales y hasta su mismo hijo, les obligó a que salieran cuanto antes.

Después de haber vivido 430 años los israelitas en Egipto, salieron, según dice la Biblia, en número de seiscientos mil, sin contar las mujeres y los niños, y entonces se llevaron los restos de José, según él se lo había mandado.

El faraón, lleno de temor ante tantas calamidades que afligían al país, dejó salir a los israelitas con todos sus ganados, y fueron estos guiados por una nube, que les iba señalando el camino. El faraón, poco después se arrepintió de haberlos dejado partir y fue con todo su ejército a perseguirlos, y entonces se obró el gran milagro. Moisés extendió su vara, según mandato de Dios, sobre el mar, y las aguas formaron una muralla a la derecha y a la izquierda, y los egipcios, que les seguían, quedaron sepultados en el mar al volver las aguas a su cauce.

Nuestra consecuencia: Ser siempre obedientes a la voz de Dios.

19. Milagros a favor de Israel

Después de pasar milagrosamente el mar Rojo, los israelitas llegaron al desierto de Arabia, en donde debían andar errantes durante cuarenta años antes de establecerse en la tierra prometida (Núm. 14, 29).

Durante esta larga peregrinación, en las que unas veces les faltaba el alimento o por otras causas, se manifestaban

poco agradecidos y murmuraban contra Moisés y contra Dios; mas Dios no dejó de obrar muchos y grandes milagros a su favor. Veamos algunos:

1) **La columna de nube.** Los guió en sus jornadas por una nube en forma de columna, oscura durante el día y luminosa durante la noche, y desde ella Dios les hablaba (Ex. 14, 19; Núm. 9, 15-23).

2) **Conversión de aguas amargas en potables.** Al hallar agua amarga que no podían beber, Moisés les indicó un madero que echaron en el agua, y ésta se endulzó (Ex. 15, 25).

3) **Las codornices y el maná.** Habíanse concluido también las provisiones y ya se empezaba a sentir el hambre. ¿Dónde se hallaría alimentos para tantos miles de personas?. El Señor dijo a Moisés:

«Yo haré llover sobre vosotros pan del cielo, y el pueblo saldrá a recoger cada día la porción necesaria... Esta tarde os dará Yahvé carne para comer y a la mañana pan en abundancia» (Ex. 16).

Y por la tarde ciertamente bajo una nube de codornices sobre los campos y junto a sus tiendas, las que se dejaron recoger fácilmente.

Por la mañana siguiente el desierto apareció cubierto de pequeños granitos blancos como una especie de escarcha, y los israelitas admirados exclamaron: «¿Qué es esto?». Moisés les dijo: Este es el pan que el Señor os da para vuestro sustento». Los granitos tenía el sabor de pan amasado con miel. Con este pan que llamaron «maná» los alimentó Dios por espacio de cuarenta años, hasta llegar a la tierra prometida (Ex. 16, 35; Jos. 5, 12).

«Maná» proviene de la voz hebrea **manhú**, que quiere decir: «¿Qué es esto?», palabra que pronunciaron los israelitas cuando lo vieron por primera vez.

No hay duda que el «maná» es obra de la intervención manifiesta de Dios (al igual que las codornices, que llegaron en el momento querido por Dios)...

El maná que todos los días caía del cielo y alimentaba a los israelitas es figura de la Eucaristía, pues representa al verdadero pan celestial que diariamente desciende del cielo en el santo sacrificio de la misa y alimenta el alma para la vida eterna.

20. El Decálogo y la alianza con Israel

Cerca de tres meses, después de la salida de Egipto, llegaron los israelitas al pie del monte Sinaí, la llanura extensa que hay junto a él. Moisés subió entonces a la montaña donde se le apareció el Señor, y le dijo:

«Vosotros habéis visto lo que yo he hecho a Egipto, y como os he llevado sobre alas de águila y os he traído a Mi. Ahora, pues, si estáis dispuestos a escuchar mi voz y guardar mi alianza seréis mi propiedad sobre todos los pueblos, porque mía es toda la tierra; y seréis para mi un reino de sacerdotes y una nación santa» (Ex. 19, 4-6).

Moisés refirió estas palabras a los israelitas, y el pueblo entero respondió: *«Haremos cuanto ha dicho el Señor»*. El amor de Dios a su pueblo lo llevó a hacer una alianza o pacto con Él, que consistía en el compromiso de parte de Israel guardar los mandamientos de Dios, y Dios por su parte se comprometía a «ser su Dios», a bendecirlos y protegerlos siempre.

Después el Señor se dirigió de nuevo a Moisés y le mandó reunir al pueblo en las inmediaciones de la montaña y que los exhortase a que se santificasen y se purificasen y lavasen sus vestidos, y así se preparasen para celebrar la manifestación de Dios en el Sinaí.

Una vez reunido el pueblo, la montaña se cubrió de una densa nube, y después de grandes truenos y el brillar de relámpagos, en medio de un profundo y repentino silencio se dejó oír la voz de Dios, que dijo:

Yo soy Yahvé, tu Dios:

1º No tendrás otro Dios que a mi. No te harás esculturas o imagen alguna (estas esculturas era un aviso para que no fueran ídolatrías, pues la prohibición era hacer imágenes «para adorarlas». Sólo Dios merece adoración, y a los santos y a la Virgen les **veneramos**).

2º No tomarás en vano el nombre de Yahvé, tu Dios.

3º Acuérdate de santificar (el día del Señor).

4º Honra a tu padre y a tu madre, para que vivas largos años...

5º No matarás.

6º No cometerás adulterio.

7º No hurtarás.

8º No levantarás falso testimonio contra tu prójimo.

9º No desearás la mujer de tu prójimo.

10º No codiciarás la casa de tu prójimo, ni cosa alguna que le pertenezca (Ex. 20. 1-17).

Este Decálogo o diez mandamientos dados por Dios por medio de Moisés encierran la afirmación de la existencia de un Dios único y exclusivo. Son, por tanto, de origen divino y ellos anuncian los principales puntos de la ley natural, valederos para todos los tiempos y en todos los lugares, y Dios mismo los ha grabado en el corazón de todos los hombres (Rom. 1, 19; 2, 15) y fueron perfeccionados por Jesucristo que los redujo al amor de Dios y del prójimo.

Dios mandó guardar el sábado. Ahora en el N.T. es el «domingo», llamado «día del Señor», porque en domingo resucitó Él. En la época de los primeros cristianos ya se reunían en Domingo para conmemorar la resurrección del Señor (Hech. 20, 7-12).

Los israelitas, cuando estaban temblando al pie de la montaña, dijeron: «*Haremos cuanto ha dicho el Señor*», pero luego fueron infieles y quebrantaron la alianza, y tantos favores recibidos, respondieron con la ingratitud más monstruosa adorando al becerro de oro.

Ante aquella abominación Moisés se encolerizó al bajar del monte e hizo pedazos al becerro y lo redujo a polvo. Moisés se interpuso ante Dios y el pueblo para que no lo destruyese por completo, y Dios castigó a su pueblo, pero no como merecía debido a la oración de Moisés.

Vayamos todos por el camino de la santidad, que está en el cumplimiento de la ley de Dios, y no dejemos de vivir en comunicación con Dios mediante nuestra diaria meditación.

21. Sobre los causantes del aborto

En una de las leyes del Éxodo leemos: «*Si algunos riñeren o hiriesen a una mujer preñada y está abortase y le dieran un golpe, de modo que aborte, sin más daño, (el culpable) será multado conforme a lo que imponga el marido de la mujer y*

según impongan los jueces. Pero si resultare daño mortal, dará vida por vida (Ex. 21, 22-23).

Si uno fuese culpable del aborto «*dará vida por vida*». En la versión griega de los LXX se distingue claramente a niño o feto «formado», o sea, con forma humana, y así aparece con mayor claridad la gravedad del aborto y el castigo del culpable.

También en el Éxodo (23, 7) leemos: «*No hagas morir al inocente y al justo, porque yo no absolveré al culpable de ello*». Según la Biblia la muerte de un inocente es un crimen, y si es un crimen monstruoso matar a un inocente, ¡quién más inocente que un niño antes de nacer!.

En la Biblia hallamos textos en los que vemos que Dios nos crea y nos forma, y el feto es una creación de Dios, porque Dios es el que crea la vida: «*Así habla Yahvé, que te ha hecho: en el seno materno te formé* (Is. 44, 2). «*Antes de formarte en las maternas extrañas te conocí..* (Jer. 1).

Dios ha dicho: «*no matarás*» (Ex. 20, 13). ¡No matarás al hombre! En la concepción ya está allí el hombre. Por tanto matar al no nacido es igual que matar al niño nacido. Todo, pues, el que provoque un aborto es un asesino. El Código de Derecho Canónico mantiene la excomunión para aquellos que provoquen el aborto voluntario.

Recordemos a este fin las palabras del papa Juan Pablo II dichas en Madrid (2-11-1982): «**Quien negare la defensa a la persona humana más inocente y débil, a la persona humana ya concebida aunque todavía no nacida**, cometería una gravísima violación del orden moral. Nunca se puede legitimar la muerte de un inocente. Se minaría el mismo fundamento de la sociedad...».

Respetemos siempre la vida de los demás. La muerte de un inocente es un crimen porque le priva del derecho a la vida, y por ser un atentado contra Dios, único dueño de la vida.

A los que gritan y vociferan en favor del aborto, ¿les parecería bien que sus padres les hubieran aplicado la injustísima ley del aborto?

LEVÍTICO

22. Algunas de las leyes mosáicas

El libro del Levítico (que contiene) las prescripciones de la tribu de Leví para atender al culto divino), tenemos leyes que Dios dio al pueblo de Israel por medio de Moisés. Más antes de enumerarlas, conviene sepamos que Dios se reveló a Israel como el único Dios verdadero al darles los mandamientos que tenía que cumplir. Luego dio órdenes a Moisés sobre el Tabernáculo, que era como el palacio de Yahvé, desde el cual, Él actuaba y dirigía a su pueblo.

El palacio de Yahvé era como una gran tienda de campaña, donde Dios se reunía con el pueblo y con Moisés. En este Tabernáculo o tienda estaba el Arca, y en ella estaban las dos tablas de la Ley, testigos perpetuos de la Alianza que Dios hizo con su pueblo en el Sinaí. Sobre el Tabernáculo aparecía una nube que indicaba la presencia de Dios y desde ella Dios les hablaba.

Los sacrificios de que nos habla el Levítico eran figura del sacrificio de Jesucristo, que se conmemora en la Misa y, en atención a este sacrificio, que figuraban, tenían valor ante Dios.

He aquí algunas de las leyes mosáicas, que eran admirables, ante todo las fundamentadas en la Ley de Dios, y también en lo concerniente a la vida civil y social, en las que aparecen custodiados los derechos de los padres, las viudas, huérfanos, pobres, obreros, aun de los mismos enemigos. Veamos algunos ejemplos:

- Sed santos, porque Yahvé, vuestro Dios soy santo.
- En la recolección de la mies de vuestra tierra, no siegues hasta el límite extremo de tu campo, ni recojas las espigas caídas, ni harás rebusco de tus viñas y olivares..., los dejarás para el pobre y el extranjero...
- No hurtaréis; no usaréis de engaño o mentira entre vosotros.
- No juraréis en falso por mi nombre, ni profanaréis el nombre de Dios. Yo soy Yahvé. No oprimas a tu prójimo ni le despojarás. No quede el socorro del jornalero en tu mano hasta el día siguiente.

- No maldecirás al sordo, ni pondrás tropiezo ante el ciego para hacerlo caer, sino que temerás a tu Dios. Yo soy Yahvé.

- No consultéis a los que evocan a los muertos, ni a los adivinos para no contaminaros con ellos.

- Guardad todas mis leyes y mandamientos y ponédlos en práctica (Lev. 19).

- No esparzas falsos rumores, ni te unas con el malvado para dar falso testimonio... Si encuentras el buey o el asno extraviado de tu enemigo, devuélveselo sin falta. Si ves el asno del que te aborrece caído bajo la carga ayúdale a levantarlo... No recibas regalos, porque el regalo ciega a los prudentes y tuercen las causas justas... (Ex. 23).

- Si cumplís mis leyes y guardáis mis mandamientos, poniéndolos en práctica, yo os mandaré las lluvias a su tiempo para que la tierra y los árboles del campo den sus frutos... (Lev. 26).

23. Algunos castigos a los infractores de la Ley

El pueblo conoció muy pronto la severidad con que Dios castigaba a los infractores de su ley, y este rigor se explica por la necesidad de imponer respecto a los mandamientos de Dios, a un pueblo tan ingrato como dispuesto a rebelarse. El blasfemo, el quebrantador del sábado, deberían morir apedreados.

- **Castigo del blasfemo.** Cierta día presentaron a Moisés un israelita que había blasfemado del nombre del Señor. Entonces Moisés consultó a Dios que debería hacerse, y le ordenó que el blasfemo fuese sacado del campamento y apedreado. «*Quien blasfemare el nombre de Yahvé, muera irremisiblemente, toda la asamblea lo apedreará*» (Lev. 24, 14, 16).

- **Castigo del violador del sábado (hoy domingo).** Igualmente otro israelita fue castigado con la muerte porque un sábado fue a recoger leña en el desierto (Núm. 15, 32-36).

- **Nuevo castigo. Nadab y Abiú,** sacerdotes, hijos de Aarón, fueron abrasados por las llamas que salieron del altar, por dar culto en forma caprichosa, no ordenada por Dios (Lev. 10, 1-3).

El espíritu de equidad y dulzura reinaba en casi todos los pormenores de la legislación mosaica; pero todas aquellas leyes quedan superadas por la ley del Evangelio que nos dio Jesucristo.

Los que blasfeman no se dan cuenta que están tirando piedras contra sí mismos. Blasfemar es falta de cultura y educación. Al oír blasfemar digamos «Alabado sea Dios» y llamemos la atención al blasfemo, para que se de cuenta que evite en adelante el feo vicio de la blasfia que tanto envilece, y trate de enmendar su vida y vivir como verdadero cristiano, y tengamos todos presente que nuestro deber es trabajar durante los seis días de la semana y el séptimo, o sea, el domingo y días festivos hemos de dar a Dios el debido culto y santificarlo con la santa misa y la oración.

24. Promesas y amenazas

El Señor, para animar a su pueblo a la obediencia, hizo numerosas promesas a los que observasen fielmente sus mandamientos, y también les hizo grandes amenazas contra los que no los cumpliesen. (Todas ellas las podemos ver en los capítulos 26 del Levítico y el 28 del Deuteronomio). Haremos un breve resumen de tales promesas y amenazas):

Bendiciones: Observad mis sábados (ahora diremos «mis domingos), y respetar mi Santuario. *Yo soy Yahvé. Si siguiereis mis leyes y guardaréis mis mandamientos, poniéndolos en práctica, os enviaré las lluvias a sus tiempo para que la tierra dé sus productos...*

«Bendito serás en la ciudad, y bendito en el campo. Será bendito el fruto de tu seno, el fruto de tu tierra, el fruto de tus bestias, las crías de tus vacas y de tus ovejas. Benditos serán tu canasto y tu artesa... Yahvé ordenará a la bendición que venga sobre tus graneros y sobre todas las empresas de tu mano... Yahvé te dará, para bien tuyo, abundancia del fruto de tu seno, del fruto de tu ganado y del fruto del suelo sobre la tierra... y Yahvé abrirá su benéfico tesoro, los cielos, para dar a tu tierra la lluvia tiempo, y para bendecir toda obra de tu mano...

- **Maldiciones.** Pero si no escuchares la voz de Yahvé, tu Dios, y si no observar ni prácticas todos sus mandamientos..., vendrá sobre ti y te alcanzarán todas estas maldiciones:

Maldito serás en la ciudad, y maldito en el campo. Malditos serán tus canastos y tu artesa. Maldito será el fruto de tu seno, el fruto de tu tierra, las crías de tus vacas y las de tus ovejas...

Yahvé enviará sobre ti la maldición, la consternación y la amenaza en todo cuanto emprendas, hasta que seas destruido, y hasta que perezcas en breve, a causa de la maldad de tus obras, por las cuales me has abandonado... Yahvé hará que se te pegue la peste..., te herirá de consunción, de fiebre, de inflamación, de ardor y de sequía, de tizón y de añublo, que te perseguirán hasta que perezcas...

Tu cielo sobre tu cabeza será de bronce, y tu tierra bajo tus pies, de hierro... En vez de lluvia Yahvé dará a tu tierra polvo y ceniza, que caerán sobre ti desde el cielo hasta que seas destruido. Yahvé hará que seas derrotado delante de tus enemigos... y te herirá con la úlcera de Egipto, con hemorroides, con sarna y tiña... No tendrás éxito en tus caminos...

Meditemos sobre estas bendiciones y maldiciones que Dios refirió a Israel si no eran cumplidores de sus mandamientos. En ellos sigue estando la felicidad de los pueblos, si los cumplen, y si pesan sobre ellos maldiciones parecidas es porque no los cumplen.

¿Qué hemos, pues, de hacer todos, sino ser fieles cumplidores de la ley de Dios, Dios nos repite como a los israelitas en su tiempo: «Ojalá cumplieseis mis mandamientos para ser felices vosotros y vuestro hijos (Dt. 5, 29).

NÚMEROS

25. Orden de partida. Murmuraciones y milagros

*El libro de los **Números** recibe este nombre por empezar con la narración de un censo. En él se nos describe la historia del pueblo de Israel por el desierto desde el Sinaí hasta el Jordán.*

Los israelitas llevaban acampados al pie del Sinaí casi un año. Dios dio la orden de partida poniendo la nube milagrosa en movimiento. La Escritura dice:

«La nube cubría el Tabernáculo de día, y de noche la nube parecía de fuego. Cuando la nube se alzaba de sobre el Tabernáculo, los hijos de Israel se ponían en marcha, y en el sitio donde se paraba la nube, allí acampaban los hijos de Israel...» (Núm. 9, 16-18).

A los tres días de haber dejado el Sinaí y penetrado en el desierto de **Farán**, empezaron a quejarse algunos de la molestia del viaje, quedándose rezagados. Fuego encendido por la ira de Dios consumió entonces a los culpables, por lo que se llamó aquel lugar **Incendio**.

Poco tiempo después, algunos israelitas manifestaron su hastío del maná y un vivo deseo de comer carne, y con muchos de estos se hicieron ingratos, Moisés cansado ya de sufrir las insolencias del pueblo, se quejó al Señor, el cual, después de mandarle formar «un Consejo supremo de 70 ancianos», que se llamó «**Sanedrín**», para que le ayudasen en el gobierno, les prometió con bondad infinita darles carne hasta que se cansaran y les causara asco.

En efecto: hizo soplar del mar un viento que trajo, por segunda vez al campo israelita y a sus alrededores una cantidad tal de codornices que emplearon en recogerlas un día con su noche y el siguiente día, y las secaron al sol para conservarlas. Y sucedió que, hubieran consumado aquellas provisiones, Dios castigó con la muerte al número más culpable de aquellos glotones, por lo que se llamó aquel campamento «*Sepulcro de la concupiscencia*».

Como podemos observar, Dios es paciente y misericordioso, e hizo que a las nuevas murmuraciones siguieran muchos milagros, sabiendo aguantar a los culpables y también

darles el castigo merecido. En nuestra vida hemos de saber sufrir también con paciencia y resignación cristiana las molestias o cruces que nos sobrevengan, sabiéndolas aceptar como venidas de Dios, sin murmurar jamás de su Providencia.

26. Los exploradores de la tierra prometida

Cuando llegaron los israelitas a Cadesbarne, situado en las fronteras de Canaán, Dios mandó a Moisés que enviase exploradores a la tierra de Canaán para que vieran cómo era el país si fértil o estéril, si la gente era más fuerte que Israel. Fueron doce, un jefe por cada tribu, dos de ellos fueron Josué y Caleb. A su regreso, estos ensalzaron el país y dijeron:

«¡Subamos, subamos luego!,... la tierra que hemos recorrido para explorarla, es muy buena, y si agradamos a Yahvé, nos llevará a esta tierra que mana leche y miel y nos la dará con tal que no os rebeléis contra Él, ni temáis al pueblo de esa tierra... ¡Con nosotros está Yahvé, no lo temáis! (Núm. 13, 30-14, 7-9).

Como prueba de que era buena la tierra prometida por Dios, adujeron los buenos frutos que trajeron a los cuarenta días de explorarla, entre ellos había un sarmiento de vid con un racimo tan extraordinariamente grande que se necesitaban dos hombres para transportarlo.

Los otros diez dieron malos informes y que no era posible conquistar aquel país... y contagiaron al pueblo, que unido a ellos decían: *¡Ojalá hubiéramos muerto en Egipto o en este destierro, y hasta querían apedrear a Josué y a Caleb.*

Al ver que el pueblo no entraba en razón, salió una voz de la nube amenazando al pueblo con el exterminio y prometiendo hacer de Moisés un gran pueblo... Moisés intercede por los rebeldes y Dios los perdonó; pero no como exigía su justicia, los castigó con la prohibición de entrar en la tierra prometida.

Y el castigo fue el siguiente: De los 40 días que duró la exploración, les tocaría andar por el desierto un año por cada día. En consecuencia: Vagarían por el desierto 40 años hasta que todos los israelitas incrédulos murieran de 20 años

para arriba. Y sus hijos menores de veinte años con Josué y Caled y, sin duda, todos los levitas sobrevivirían para entrar en la tierra. Luego sucedió que los exploradores que habían dado malos informes fueron heridos por Dios y cayeron allí mismo muertos.

Lo que sucedió a los israelitas es figura y ejemplo de lo que puede suceder al pueblo cristiano si se aparta de los sacramentos y mandamientos de Dios e imita a Israel en sus pecados (Véase 1 Cor. 10, 6).

27. Las rebeliones de Coré, Datán y Abirón

Ni castigos ni amenazas bastaban para oponerse a las rebeliones de aquel pueblo incorregible. Poco tiempo después 250 hombres capitaneados por el levita Coré, que aspiraba al Sumo Sacerdocio, y por Datán y Abirón, de la tribu de Rubén, que pretendían ocupar el puesto de Moisés, se rebelaron contra Aarón y Moisés, y dijeron: *«Todo Israel es santo, ¿por qué os levantáis contra el pueblo?»*. Pero Moisés después de orar al Señor, se dirigió a Coré y a los motinados diciéndoles:

«Mañana pondrá el Señor de manifiesto su elegido, y quién es el santo para acercarse a Él... Después dijo Dios a Moisés y a Aarón: «Apartaos de este pueblo que yo lo voy a destruir en un momento. (Moisés se interpuso diciendo): «¿No es uno el que ha pecado? ¿Por qué te airas contra todo el pueblo?». Yahvé contestó entonces a Moisés diciendo: «Habla al pueblo y diles: Retiraos de en derredor del Tabernáculo y de las tiendas de Coré, Datán y Abirón» (Núm. 16, 5. 20-24).

La muchedumbre se apartó de alrededor de las tiendas de Coré, Datán y Abirón, y luego se abrió repentinamente la tierra debajo de los pies de los tres rebeldes, y se los tragó juntamente con sus tiendas y cuanto poseían. En el mismo instante vino fuego del Tabernáculo que dejó muertos a los 250 que, rebelándose contra Moisés y Aarón, estaban ofreciendo incienso contra la voluntad del Señor. Así demostró Dios que estos eran sus representantes y enviados.

La vara de Aarón. La elección de Aarón para el sacerdocio y como sumo Pontífice quiso Dios confirmarla en aquel tiempo con un maravilloso prodigio.

«Habló Yahvé a Moisés, diciendo: Habla a los hijos de Israel, y cada uno de los príncipes de casa patriarcal, toma una vara, una por cada jefe de tribu, o sea, doce varas, y escribirás en su nombre en la respectiva vara. En la vara de la tribu de Leví escribe el nombre de Aarón. Las pondrás en el Tabernáculo delante del Arca desde el cual Yo hablé. La vara de aquel que yo eligiere florecerá mañana» (Núm. 17, 1-5).

Al día siguiente vino Moisés al Tabernáculo, y halló que la vara de Aarón había echado brotes, yemas, flores y almendras. Entonces todo el pueblo conoció cual era la voluntad de Dios, y cesaron las discordias.

La vara milagrosa fue puesta en el Arca de la Alianza *«para que sirviera de memoria a los hijos rebeldes»*, y se conservó hasta la destrucción del templo de Salomón.

De esta lección aprendamos a ser obedientes a los mandamientos de Dios y a su autoridad manifestada a través de sus superiores legítimos.

28. Desconfianza de Moisés y la serpiente de bronce

Al cabo de cuarenta días por el desierto volvieron los israelitas a Cadés, al mismo sitio de donde habían partido los exploradores.

Un día volvió a faltar a los israelitas el agua, y el Señor mandó a Moisés diera otra vez con la vara en una roca. Moisés desconfió un instante, y entonces dijo al pueblo:

«Escuchad rebeldes: ¿Acaso podemos nosotros sacaros agua de esta roca? Moisés alzó la mano, y, después de herir la peña dos veces con su vara, salieron aguas abundantes, y bebieron el pueblo y sus ganados» (Núm. 20, 10-11).

Como podemos observar, Moisés dio dos golpes con la vara en la roca, pero hasta la segunda no brotó el agua. Desagradó al Señor esta desconfianza de Moisés, y le dijo: *«Porque vacilaste en creer, no serás tú, pues, sino otro, quien introduzca este pueblo en la tierra prometida».*

Por la falta de confianza, ambos hermanos Moisés y Aarón no entraron en la tierra prometida.

La serpiente de Bronce. No tardaron los israelitas en renovar sus murmuraciones contra Moisés y pidieron otro ali-

mento en vez del maná, y esta vez los castigó Dios enviándoles serpientes venenosas, que mordían a los culpables y a muchos dieron muerte / Entonces atemorizados acudieron a Moisés diciendo:

«Hemos pecado, porque hemos murmurado contra Yahvé y contra ti. Ruega a Yahvé que aparte de nosotros las serpientes. Y Moisés rogó por el pueblo. Y Yahvé dijo a Moisés: Hazte una serpiente de bronce y ponla sobre un asta; todo el que haya sido mordido y la mirara, sanará» (Núm. 21, 7-9).

Moisés obedeció y todo aquellos que habían sido mordidos y miraban a la serpiente de bronce, fueron en efecto curados.

La serpiente era figura de Jesucristo, nuestro Salvador, que había de ser levantado en una cruz para librar de la muerte eterna a todos los que con fe viva vuelven los ojos a Él. Así lo dice el Evangelio: *«Como Moisés levantó la serpiente en el desierto, así es necesario que el Hijo del Hombre sea levantado. Para que todo el que crea en Él tenga vida eterna»* (Jn. 3, 14-15).

Al ser nuestros pecados como mordeduras de serpientes, debemos mirar a Jesucristo crucificado y pedirle perdón, confesando nuestros pecados, para recuperar la gracia divina.

29. La profecía de Balaam

Los israelitas se iban acercando a la tierra que Dios había prometido darles, y como en su marcha por el desierto habían vencido a cuantos enemigos se le opusieron, entonces el rey de Moab, llamado **Balac**, temiendo a los invasores, llamó a un adivino famoso por nombre **Balaam**, quien vino montado en su burra para acudir a su cita.

El rey Balac le ofreció magnífica recompensa para que maldijese al pueblo de Israel; pero cuando se disponía a hacerlo, un ángel del Señor armado con una espada, se interpuso en el camino en paso estrecho.

La burra, al ver al ángel, echó a correr fuera de la senda; pero a fuerza de golpes la hizo volver su amo, y entonces estrechada por el ángel y no encontrando salida, se tendió

en el suelo. Balaam, ciego de ira, la apaleó con toda sus fuerzas.

«Entonces Dios abrió la boca de la burra, que dijo a Balaam: ¿Qué te he hecho yo para que me pegues ya por tres veces? Balaam respondió a la burra: «Porque haces burla de mí. Si tuviera una espada, ahora mismo te mataría» (Núm 22, 28-29).

En aquel momento vio Balaam al ángel y quiso retroceder, pues le vio con una espada desenvainada en la mano. Dios abrió sus ojos, y dijo Balaam: *He pecado, no sabía que tu me cerrabas el camino*». Luego inspirado por Dios, en vez de maldecir al pueblo, lo bendijo, y entre estas bendiciones hay una que anuncia, aunque en forma algo oscura, la venida del Mesías. He aquí el oráculo de Balaam:

«Le veo, pero no como presente. Le contemplo, pero no de cerca. De Jacob sale una estrella, y de Israel surge un cetro que destruirá a todos sus enemigos» (Núm. 24, 17).

Esta estrella misteriosa es el Mesías, y es lo que profetizó Balaam por orden de Dios.

Algunos se admiran de que la barra de Balaam hablase; pero según la narración bíblica, no creo que haya lugar a duda y fue un verdadero milagro. Lo propio sería que el animal rebuznase, pero al decir que Dios abrió su boca para que hablase, y luego San Pedro en su segunda carta diga que *«Dios para confundir la soberbia de un profeta, hizo que un animal hablase con palabras humanas» (2 Ped. 2, 16)*... ¿Nos atreveremos a decir que la claridad con que habla la Biblia es un género literario o cosa parecida cuando el hecho aparece claro y confirmado por el mismo apóstol citado?

DEUTERONOMIO

30. Bendición y maldición

«Deuteronomio», significa «segunda ley» o repetición de la ley. Este libro es una recapitulación de la legislación expuesta en los libros anteriores y una exhortación constante al cumplimiento del Decálogo.

Moisés hace ver al pueblo los bienes y los males que se seguirán de cumplir o no cumplir los mandamientos de Dios. Ante ellos pone Dios la bendición si los cumplen, y la maldición si los quebrantan.

La infidelidad del pueblo de Israel se manifestó cuando adoraron el becerro de oro, y ahora les insiste en que su fidelidad está en que cumplan su santa ley, y por eso les dice:

Si vosotros obedecéis mis mandamientos que hoy os prescribo y amáis a Yahvé, vuestro Dios, sirviéndole con todo vuestro corazón y con toda vuestra alma, yo daré a vuestra tierra la lluvia a su tiempo, la temprana y la tardía para que puedas recoger tu trigo, tu vino y tu aceite. También haré crecer la hierba en el campo para tus ganados y comerás y te saciarás... De lo contrario la ira de Yahvé se encenderá contra vosotros y se cerrarían los cielos para que no hubiera más lluvia y la tierra no diera sus frutos... (Dt. 11, 13-18).

Luego les insiste en que pongan estas palabras, o sea, sus mandamientos sobre el corazón, sobre las puertas de sus casas, que las aten a las muñecas como pulseras, y de ellos hablen a sus hijos, es decir, que los tengan siempre presente, porque de su cumplimiento depende su dicha y por eso Moisés por orden de Dios les repetía: *«Ojalá cumplieseis mis mandamientos para ser felices vosotros y vuestros hijos» (Dt. 5, 29).*

«Mirad que yo pongo hoy delante de vosotros bendición y maldición, la bendición si cumplís los mandamientos de Dios; la maldición si no lo cumplís... (Dt. 11, 26-28). «Yo invoco hoy por testigos contra vosotros el cielo y la tierra, poniendo ante ti la vida y la muerte, la bendición y la maldición; escoge, pues, la

vida para que vivas tu y tu descendencia, amando a Yahvé, tu Dios... (Dt. 30, 19-20).

También encargó Dios, por medio de Moisés que no imitasen las abominaciones de los pueblos que iban conquistando, y así les dijo:

«No se halle en medio de ti quien haga pasar por el fuego a su hijo o a su hija, ni quien practique la adivinación, ni hechicería, ni encantamientos, ni quien consulte a espíritus o adivinos, o pregunte a los muertos. Porque todo aquel que hace estas cosas es abominable ante Yahvé, tu Dios» (Dt. 18, 10-12).

Amarás al Señor tu Dios. Esta es la exhortación que repite a cada paso Moisés en este libro. El Decálogo, dado por Dios en el Sinaí, de que nos habla en el Éxodo (cap. 20), se nos repite en el Deuteronomio (cap. 5) con pequeñas variantes, y este Decálogo es el que sigue en vigor en la Nueva Ley, y que Jesucristo perfeccionó, como tenemos dicho.

Nota: Moisés tenía 120 años. Al revelarle Dios que se hallaba cercana su muerte, reunió a los hijos de Israel y les dijo: Dios me ha dicho: *«Tu no pasarás el Jordán»...* Vosotros sed fieles cumplidores de la Ley de Dios. Puso por sucesor a Josué. Murió santamente en el monte Nebo, le lloró todo Israel. No hubo otro profeta semejante a él con quien Yahvé tratase cara a cara (Dt. 34, 10).

JOSUÉ

31. Misión de Josué y paso del Jordán

Este libro habla de Josué, el sucesor de Moisés, en cuyo libro se nos habla de su elección para introducir a los israelitas en la tierra prometida, la que una vez conquistada la distribuyó entre las doce tribus.

Misión de Josué. Dios nombró a Josué, hijo de Num, como sucesor de Moisés, y a él después de la muerte del mismo Moisés le habló así:

«Mi siervo Moisés ha muerto, levántate, pasa el Jordán tú y tu pueblo, a la tierra que Yo doy a los hijos de Israel. Nadie podrá resistir ante ti en todos los días de tu vida, pues estaré contigo como he estado con Moisés. No te abandonaré, no te dejaré. Esfuérzate, sé valiente (Jos. 1).

Josué fue conocido unánimemente por Jefe de las tribus de Israel, y Dios mismo confirmó su elección y autoridad. Entonces, por orden de Josué, todo el pueblo se puso en marcha, y fue a acampar aquella noche a las orillas del río Jordán, en donde se dispusieron para la travesía.

Paso del Jordán. Llegando el momento de partir, se pusieron al frente los sacerdotes, llevando sobre los hombros el Arca del Señor; seguía después el ejército, y detrás, todo el pueblo. En el momento de poner los sacerdotes el pie en el agua, se verificó el prodigio anunciado por Josué. Este dijo a los israelitas:

«El arca de la Alianza del Señor de toda la tierra va a pasar delante de vosotros por en medio del Jordán. Cuando los sacerdotes que llevan el Arca de Yahvé, Señor de toda la tierra, pongan la plata de sus pies en las aguas del Jordán, éstas se cortarán y las que bajan de arriba se pararán en montón. (Jos. 3, 11-12).

En efecto, las aguas que bajaban se detuvieron, formando un muro altísimo que se distinguía a la distancia de más de cincuenta kilómetros, mientras que las aguas de abajo siguieron su curso hasta el mar Muerto, dejando en seco el cauce del río. Los sacerdotes permanecieron en medio del cauce hasta que todo el pueblo hubo pasado.

Monumento conmemorativo. Cuando todo el pueblo hubo de pasar el Jordán, habló Yahvé a Josué diciendo:

«Tomad de entre el pueblo doce hombres, uno por cada tribu y decidles que tomen doce piedras del lecho del Jordán donde han estado parados los pies de los sacerdotes y las depositen en el lugar donde acampéis esta noche (Jos. 4, 2).

Sacaron las doce piedras del lecho del Jordán y las colocaron en el lugar llamado «Gálgala», que significa «rueda o círculo de piedra». Este fue un lugar célebre donde varias veces se reunió el pueblo de Israel. Entonces Dios dijo al pueblo por medio de Josué: *«Cuando un día os pregunten vuestros hijos: ¿Qué significan para vosotros estas piedras?, les responderéis: las aguas del Jordán se detuvieron ante el Arca de la Alianza de Yahvé.*

Cuando los israelitas acamparon en Gálgala, celebraron la Pascua en los llanos de Jericó, y entonces comieron de los frutos de la tierra y cesó el maná (Jos. 5, 10-11).

Admiremos la Providencia de Dios con el pueblo de Israel, y creamos firmemente que Dios está con nosotros cuando obramos el bien.

32. Conquista de Jericó

Un ángel del Señor se apareció a Josué, y le reveló lo que había de hacer para tomar Jericó. Dios le había prometido que tomaría la ciudad, aunque estaba bien amurallada y con buenos cerrojos en sus puertas, y le dijo:

«Mira Yo he entregado en tus manos a Jericó con su rey y todos su hombres. Todo los hombres de guerra daréis una vuelta cada día alrededor de la ciudad; así lo haréis por seis días. El día séptimo, los sacerdotes tomarán las trompetas del jubileo, y tocádoles éstos, daréis siete vueltas a la ciudad, concluida la séptima vuelta, el pueblo en masa se pondrá a gritar fuertemente, y las murallas de la ciudad se derrumbarán por sí solas» (Jos. 6, 1-5).

Una vez que quedó cumplida la orden de Dios, la ciudad quedó destruida derrumbándose sus murallas, y todo sus habitantes fueron pasados a filo de espada: hombres, mujeres, niños y ancianos.

Algunos dirán: pero ¿no es esto cruel? Saliendo al paso, diremos que no fue duro ni cruel, pues basta saber cuáles

eran los pecados y vicios de los cananeos. Su idolatría y vicios torpísimos pueden verse enumerados en el capítulo 11 del libro de la Sabiduría:

«Practicaban obras detestables de magia, ritos, impíos y eran crueles asesinos de sus hijos. Era semilla maldita desde su origen... y Dios determinó perder por medio de los israelitas a esos asesinos de seres inocentes...; pero el castigo estuvo temperado por su misericordia e hizo que fueran exterminados no de un modo fulminante, sino poco a poco y así pretendía darles siempre a que se arrepintiesen de sus abominables maldades y creyeran en el Dios verdadero». Con la matanza de los cananeos Dios pretendía que estos no pervirtiesen a su pueblo...

Además todo pecado es digno de castigo, y Dios, como dueño de la vida de los hombres, puede castigar según justicia a los que no cumplen el fin para que fueron creados por Él.

Nota: 1ª Conviene saber que Josué antes de atacar a Jericó, envió dos espías para que explorasen toda la región, y especialmente la ciudad. Pudieron entrar en ella, pero gracias a una mujer llamada Rahab, que los ocultó en su casa, pudieron volver a Josué sanos y salvos.

Al ser tomada Jericó, toda la población fue exterminada, excepto Rahab y su familia. Rahab se casó más tarde con un israelita de la tribu de Judá, llamado **Salmon**, llegando a ser una de las progenitoras de Jesucristo. Su nombre puede verse en la genealogía de nuestro señor Jesucristo (Mt. 1,5).

2ª Josué maldijo a Jericó diciendo: *«Maldito ante Yahvé sea quien se atreva a reedificar esta ciudad. Al precio de su primogénito eche los cimientos de ella y a costa de su hijo menor coloque sus puertas».*

Esta profecía se cumplió en tiempo del rey Ajad de Israel, quien desafiando la maldición de Josué, la reedificó, pero al precio de sus hijos mayor y menor (Véase 1 Rey. 16, 34).

33. Desastre de Hai y castigo de Acam

Al noroeste de Jericó estaba la ciudad de Hai, cuyos moradores estaban dispuestos a morir antes de rendirse a los israelitas. Los exploradores mandados por Josué, dijeron a éste: *«Dos o tres mil hombres bastan para destruir la ciudad, ¿para qué molestar a todo el pueblo?». Josué envió los tres mil hombres; pero los de Hai salieron contra ellos y los pusieron en vergonzosa fuga hasta derrotarlos.*

Aquel inesperado desastre produjo en el pueblo verdadera consternación. Entonces Josué fue ante el Arca de la Alian-

za a presentar sus quejas ante el Señor, y el Señor le respondió:

«Israel ha pecado, ha violado la Alianza, que yo le he mandado guardar. Además han tomado cosas de las dadas al anatema, han robado, mentido y las han guardado entre su equipaje. Por eso los hijos de Israel no han podido resistir ante sus enemigos... Quitad de en medio de vosotros el anatema...» (Jos. 7, 11-12).

Josué reunió al pueblo para descubrir al culpable, y la muerte designó a un soldado de la tribu de Judá, llamado Acán. Este confesó haber tomado de los despojos de Jericó un manto de grana, doscientos siclos de plata y una barra de oro de cincuenta siclos, y haberlos ocultado en su tienda. Josué mandó llevar aquellos objetos delante del Tabernáculo, y dirigiéndose a Acán:

«Por cuanto no has perturbado, Yahvé te pertirá en este día» (Jos. 7, 25). Y era como decirle que Dios hacía recaer sobre su cabeza el daño que había causado a todos. Acán murió apedreado, y las llamas consumieron todo cuanto tenía. (Después tomaron con facilidad la ciudad de Hai).

Consecuencia: Reconocer que el pecado es perjudicial al que lo comete, y también puede dañar a la comunidad, si resulta pecado «colectivo» como en este caso de Acán.

34. La detención del sol

Los habitantes de la ciudad de Gabaón, al tener noticia de que los israelitas, por divino mandato, exterminaban a cuantos pueblos hallaban a su paso, temiendo también ser exterminados, recurrieron a una estratagema, se llegaron a Josué con zapatos y vestidos viejos y pan duro, y le dijeron a él y a los de Israel: *«Venimos de una tierra lejana para hacer alianza con vosotros... Somos siervos tuyos* (Jos. 9, 4).

Josué los creyó de buena fe y juró salvarlos, pero tres días después supo que Gabaón, la ciudad de donde venían estaba cerca, por el juramento dado les perdonó la vida, y los condenó a suministrar el agua y la leña necesarias para el servicio del Tabernáculo.

Entonces sucedió que el rey de Jerusalén, Adoniseac, y sus confederados furiosos al ver que los gabaonitas había desertado de la causa común de los cananeos, vino inmediatamente con otros cuatro reyes contra Gabaón.

«Entonces Yahvé dijo a Josué: No los temas, porque los entregaré en tus manos; ningún hombre de ellos podrá resistir ante ti» (Jos. 10, 8).

Josué se echó de repente sobre ellos y los venció, pues Dios le favoreció haciendo que sobre sus enemigos cayera una lluvia de enormes piedras de granizo, que mataron a un gran número; pero como quedasen aún muchos, al ver Josué que el día empezaba a declinar, y que por impedírselo la noche, no podía completar la victoria, inspirado por Dios exclamó:

«¡Sol, detente sobre Gabaón, y tú luna, en el valle de Ayalón! Y el sol se detuvo y se paró la luna hasta que el pueblo se hubo vengado de sus enemigos» (Jos. 10, 12-13).

«No hubo antes ni después, dice la santa Biblia, día como aquel en que obedeció Yahvé a la voz de un hombre». Este hecho milagroso parece que debe explicarse así: que fue debido a una simple desviación de los rayos solares, y Dios pudo hacer que éstos iluminasen más tiempo la parte de la tierra del ejército de Israel *«por quien Yahvé combatía»*. De todos modos hay que sostener el hecho, aunque no se nos diga cómo se verificó.

Los cinco reyes enemigos se refugiaron en una cueva, y concluida la batalla, los sacaron de ella para matarlos. Después de este hecho nadie pudo oponer resistencia a la espada de Josué. Venció, y según las órdenes de Dios, dio después muerte a treinta y un reyes, y en corto espacio de tiempo entró en posesión de la tierra que el Señor había prometido a Abraham y a su descendencia.

Josué después distribuyó la tierra entre las doce tribus, colocó el Tabernáculo de la Alianza en Silo, que vino a ser centro religioso de Israel, y por fin reunió en Siquem todas las tribus para inculcarles la observancia de los mandamientos, y habiendo obtenido Josué la promesa de que todos se conservarían fieles a Dios, murió apaciblemente a los 110 años de edad.

Notemos que al que cumple con fidelidad los mandamientos de Dios, Él lo bendice y todas las cosas le saldrán bien.

LOS JUECES DE ISRAEL

35. Situación de Israel a la muerte de Josué

En el libro de los Jueces se nos refiere la historia de estos héroes, que fueron los caudillos y libertadores del pueblo de Israel. Los jueces, conocidos en la Biblia, son quince. Todos ellos fueron notables por su fe en el Dios de Israel.

Por ser los israelitas muchas veces infieles a Dios, por eso fueron entregados en manos de sus enemigos para ser castigados, mas cuando se volvían a Dios con sincero arrepentimiento, entonces se compadecía de ellos y les suscitaba un juez que fuera su libertador.

Después de la muerte de Josué y repartida por éste la tierra, aún quedaron entre las tribus cananeos, que ellos debían combatir, pues como Dios dijo a Josué, Él rechazaría a todos sus enemigos con tal que se esforzasen «en poner por obra su santa Ley» (Jos. 23, 5-6).

Dios les ayudaría a condición de que ellos no hicieran pacto alguno con los habitantes de aquellas tierras y debastaran sus altares y no contrajeran matrimonio con las hijas de aquellos idólatras, porque serían lazo para ellos y causa de sus desgracias y arrastrados a practicar su culto infame.

Sucedió, pues, que andando el tiempo, los hijos de Israel hicieron lo que era malo a los ojos de Dios, y olvidándose de Él sirvieron a los baales o dioses falsos, entonces Dios irritado contra ellos los entregó en manos de sus enemigos; pero cuando se vieron humillados y les toca mucho sufrir, clamaron a Dios para que se compadeciera de ellos, y los libertó por medio de los primeros jueces, que fueron Otoniel y Aod.

Fijémonos en la actuación de **Débora** y **Barac**.

Muerto Aod, después de haber estado en paz durante más de cuarenta años, volvieron los hijos de Israel a hacer el mal a los ojos de Yahvé, y Yahvé los entregó en manos de Jabin, rey de Asor, quien tenía por jefe de su ejército a **Sísara**.

Viéndose oprimidos los hijos de Israel, clamaron a Yahvé, dispuesto siempre a perdonar a los sinceramente arrepentidos. Gobernaba entonces en Israel una profetisa llamada

Débora, y ésta por inspiración divina mandó llamar a **Barac**, de la tribu de Neftalí, y le dijo:

«¿Acaso no es Yahvé el Dios de Israel el que te ordena: Marcha a ocupar el monte Tabor, y lleva contigo diez mil hombres de los hijos de Neftalí y Zabulón? Yo llevaré hacia ti, al torrente Cisón, a Sísara, jefe del ejército de Jabin con sus carros y con su ejército y los pondré en tus manos» (Jue. 4, 6-7).

Los diez mil guerreros, acaudillados por Débora y Barac, ocuparon el monte Tabor. Sísara marchó contra ellos con sus novecientos carros de guerra y su formidable ejército; pero apenas había llegado al torrente Cisón, sucedió que Débora lanzó sus huestes contra el enemigo, que retrocedió poseído de gran pánico.

Barac persiguió a aquellos batallones deshechos y fugitivos hasta derrotarlos por completo. Sísara huyó también, y saltando de su carro para librarse del peligro, entró para apagar su sed y tomar algún descanso en la tienda de una mujer llamada **Jael**, que pertenecía al pueblo de Israel. Jael le dio una taza de leche, y como estaba muy rendido, se acostó y quedó profundamente dormido.

«Entonces Jael, mujer de Jeber, tomó un clavo de los de fijar la tienda, y empuñando con su mano un martillo, se acercó a él calladamente, y le clavó en la sien el clavo hasta que penetró en la tierra. Y así murió» (Jue. 4, 21).

Barac, llegada en el mismo instante, y ella le enseñó con orgullo el cadáver del general enemigo, en el que había hecho justicia. Esta victoria inspiró a Débora un magnífico cántico. Con la vergonzosa derrota de Jabin quedaron libres de la servidumbre los israelitas.

¡Cuanto vale seguir las inspiraciones de Dios, confiar en Él y no apoyarse en las propias fuerzas!

36. Gedeón y los madianitas

Pasados unos cuarenta años, volvieron a prevaricar los israelitas entregándose de nuevo a la idolatría, y para castigarlos tomó Dios por instrumento a los madianitas, los cuales invadieron todo el país y, como «nube de langostas», devastaban sus cosechas y se retiraban llevándose bueyes y

ovejas y cuanto podían de sus casas, y hasta en sus invasiones tenían que esconderse en cavernas.

Este gran castigo hizo reconocer a los israelitas cuán culpables habían sido, e «imploraron a Dios», que también se compadeciera esta vez. Un día en que Gedeón, hijo de Joas, de la tribu de Manasés, estaba en las eras limpiando el trigo a escondidas de los madianitas, un ángel del Señor se le apareció y le dijo:

«El Señor está contigo, héroe valiente... Vete y libra a tu pueblo de la mano de Madián... Tu lo derrotarás como si fuera un solo hombre» (Jue. 6, 11 ss).

Gedeón replicó al mensajero, *«Si Dios está con nosotros, ¿por qué nos vemos acosados por tanto males?»*. Tú, le contestó el mensajero, *ve, porque has de saber que Yo soy el que te envía»*.

Una vez cerciorado Gedeón del mandato de Dios, logró reunir un ejército de 32.000 hombres; más el Señor dijo a Gedeón:

«El pueblo que llevas contigo es demasiado numeroso para que yo entregue en sus manos a Madián; podría gloriarse contra Mi Israel y decir: Es mi poder el que me ha librado» (Jue. 7, 2).

No queriendo, pues, Dios que Israel se pudiera atribuir aquella victoria por el número de sus soldados, ordenó a Gedeón que despachase a todos los que tuvieran miedo, y por tal motivo se fueron a sus casas 22.000, quedando sólo 10.000. El Señor dijo de nuevo a Gedeón:

«Todavía es demasiada la gente, hazlos bajar al agua... A todos los que lamieren el agua en su mano, como la lame el perro, los pondrás aparte; igualmente a los que doblen la rodilla para beber. El número de los que al beber lamieron el agua en su mano, fueron trescientos hombres» (Jue. 7).

Con esos trescientos, dijo Yahvé a Gedeón, os libentaré y entregaré a Madián en tus manos. Todos los demás que se vayan cada uno a su casa. Luego le dijo que descendiese cerca del campo de Madián, y lo que allí oyó cautelosamente a uno de los centinelas fue como orden de Dios para poner los madianitas en sus manos.

Llegada la noche, proveyó a cada uno de los 300 israelitas de una trompeta y un cántaro vacío, dentro del cual había

una antorcha encendida. «*Miradme y haced como yo*», les dijo Gedeón. Divididos en tres grupos y acercándose al campamento por tres lados diferentes, cuando los madianitas estaban dormidos, Gedeón tocó ruidosamente la trompeta y rompió el cántaro, para que se viera el resplandor de la antorcha. Sus hombres le imitaron gritando: «*¡Por el Señor y por Gedeón!*».

Los madianitas y sus aliados se despertaron sobresaltados, creyendo que un ejército numeroso de israelitas había penetrado en su campo.

«Todo el campamento echó a correr, gritar y huir. Mientras los 300 hombres tocaban las trompetas, hizo Yahvé que la espada de los unos se volviera contra los otros por todo el campamento, y huyó el ejército... Luego hicieron prisioneros a los dos príncipes de Madián, Oreb y Zeeb... (Jue. 7, 21 ss).

El pueblo quiso luego nombrar rey a Gedeón; pero él rehusó esta dignidad, diciendo: «*Vuestro Rey es el Señor*». Así les recordaba que sólo Dios era su Rey verdadero a quien se le debía la victoria. Los madianitas derrotados y humillados por espacio de cuarenta años.

¡Cuán poderoso es el hombre cuando cumple la voluntad de Dios!.

37. Jefe y su sacrificio

Volvieron los hijos de Israel a hacer el mal a los ojos de Dios y sirvieron a los baales, y Dios los entregó en manos de los filisteos y de los amonitas, y ante tantas opresiones y desgracias clamaron a Yahvé diciendo:

«Hemos pecado contra Ti, porque hemos abandonado a nuestro Dios y hemos servido a los baales... Haz con nosotros lo que mejor te parezca; pero líbranos, te rogamos, en este día» (Juec. 10, 10).

Por fin los israelitas abandonaron los ídolos y se convirtieron a Dios, implorando su clemencia. Entonces los ancianos de Galaad eligieron por jefe a un esforzado guerrero, famoso por su valor y le dieron el mando del ejército en la guerra contra los amonitas.

Jefté recorrió rápidamente el país para reclutar combatientes, y con la esperanza de hacerse más favorable a Dios, hizo un voto solemne:

«Si tu entregas en mi mano a los hijos de Amón, el que de las puertas de mi casa salga el primero a mi encuentro cuando vuelva yo en paz de los hijos de Amón, será para Yahvé y lo ofrezco en holocausto» (Jue. 11, 30).

Jefté obtuvo una sorprendente victoria contra los amonitas, y al volver, salió a recibirle su hija con tímpanos y danzas. Era su hija única, y al verla rasgó él sus vestiduras y dijo: *«¡Ay, hija mía, tu me has abatido sobremanera. He hecho un voto y no puedo anularlo»*.

La joven le respondió *«Padre mío, si has hecho un voto al Señor, trátame según lo has prometido, pues te ha vengado Dios de tus enemigos»*. Y añadió: *«Hazme esta gracia: Déjame que por dos meses vaya con mis compañeras por los montes, llorando mi virginidad»*. Y se lo concedió.

Pasados los dos meses volvió a casa y el cumplió en ella el voto que había hecho. No había conocido varón (Jue. 9, 31).

Algunos autores suponen que Jefté consagró la virginidad de su hija al servicio del Señor; pero parece más conforme al texto bíblico, creer que la inmoló en sacrificio, creyéndose obligado, a causa de la falsa conciencia. No dejaba de ser un voto temerario y cruel, que tenía que desagradar a Dios.

Este hecho nos debe enseñar a no hacer votos, sino después de haber tomado consejo, y a no hacer promesas de cosas inciertas o que no se pueden cumplir sin pecado.

38. Sansón y los filisteos

Volvieron los hijos de Israel a hacer el mal a los ojos de Yahvé, y los entregó en manos de los filisteos, que los sometieron a la más vergonzosa servidumbre, y Dios suscitó a Sansón para humillarlos.

Sansón es uno de los jueces y héroes célebre, que fue dotado de una fuerza extraordinaria, que bien podemos decir que era milagrosa y sobrenatural. Su nacimiento había sido anunciado a sus padres por un ángel. Dios quiso que le fue-

se consagrado y para ello le dotó de dicha fuerza, pero con condición expresa que no se le habían de cortar los cabellos.

Veamos algunos ejemplos de su extraordinaria fuerza:

- Un día bajaba Sansón de Timna y le salió al encuentro un joven león, rugiendo. Apoderose de Sansón el espíritu de Yahvé, y sin tener nada en mano, destrozó al león como se destroza un cabrito (Jue. 14, 16).

- Otro día se valió de una estratagema para que las mieses de los campos de sus enemigos quedaron reducidas a cenizas, y furiosos con aquel desastre, exigían, para evitar represalias, que se les entregase a Sansón maniatado, y así se lo presentaron, y al verlo en este estado lanzaron gritos de júbilo; pero cuando se acercaron para llevarlo, rompió las cuerdas como si fuera un hilo frágil, y, con una quijada de asno, que halló a sus pies, se abalanzó sobre ellos y mató a mil filisteos.

- Al ir un día a la ciudad de Gaza, dándose cuenta los filisteos que estaba en ella, resolvieron matarle a la mañana siguiente cuando se dispusiera a salir de la ciudad. Él no se turbó por tal noticia.

«Sansón permaneció acostado hasta media noche. A media noche se levantó y tomando las dos hojas de la puerta de la ciudad con las dos jambas, las arrancó juntamente con el cerrojo, y se las echó a cuestras llevándolas a la cumbre del monte que mira hacia Hebrón» (Jue. 16, 3).

Desgraciadamente Sansón trabó amistad con una pérfida mujer llamada Dalila a la que prometieron una crecida recompensa si llegaba a descubrir en que consistía la enorme fuerza que tenía. Y después de engañarla por tres veces tuvo la debilidad de rebelarse el secreto, y le dijo:

«Nunca ha pasado navaja por mi cabeza, pues soy nazareno de Dios desde el vientre de mi madre. Si me rapasen, perdería mi fuerza, me quedaría débil y vendría a ser como cualquier otro hombre» (Jue. 16, 17).

Una vez dormido Sansón, cortadas las siete trenzas en que traía partido el cabello, su mujer avisó a los filisteos, y gritó: *«¡Levántate Sansón, que vienen los filisteos sobre ti!»*. Este despertó, pero esta vez se vio sin fuerzas, porque el espíritu del Señor se había alejado de él. Vinieron los

filisteos, le sacaron los ojos y lo condenaron a dura esclavitud haciéndole dar vuelta a la rueda de un molino de mano.

Algún tiempo después, se habían reunido para ofrecer un sacrificio a Dagón, su dios, unos 3.000 filisteos de la clase principal de la nación, y se dijeron: «Que traigan a Sansón para que nos divierta». Llevado Sansón, dijo éste al mozo que le hacía de lazarillo: Déjame tocar las columnas que sostiene la casa para apoyarme».

«Entonces Sansón invocó al Señor, y dijo: «Señor, Yahvé, acuérdate de mí, dame fuerza solamente esta vez, para que ahora me vengue de los filisteos por mis dos ojos... Y añadió: «Muera yo con los filisteos».

Sansón se agarró a las dos columnas centrales que sostenían el edificio y las sacudió con las fuerzas, que la casa se hundió, pereciendo todos y él con ellos. De esta manera hizo morir más muerto que los que había hecho en su vida, y así vengó a su pueblo.

Nota: Sansón no fue ciertamente un hombre santo, sino de conducta moral bastante imperfecta, pero elegido para juez de Israel por su fe y patriotismo, Dios se valió de él para castigar a los culpables y a los que querían anteponer el honor del ídolo Dagón a la honra que a Él le pertenecía como Dios verdadero.

No olvidemos que Dios está siempre con nosotros y nos ayuda en todas nuestras esperanzas mientras no nos apartemos de Él quebrantando sus mandamientos.

RUT

39. Rut y Noemí... y Rut y Booz

El libro de Rut es pequeñito y como un apéndice del libro de los Jueces, pues es un episodio ocurrido en esta misma época. Esta historia está escrita con cierta sencillez y belleza y tiene como fin tejer la genealogía histórica de la familia de David.

En tiempos de los Jueces sobrevino un hambre desoladora, y una familia de este pueblo se vio precisada a emigrar a la tierra de Moab para poder vivir. Esta familia se componía del padre, por nombre Elimelec y su mujer Noemí, y dos hijos: Maalón y Quelión. Estos se casaron con dos mujeres moabitas, Orfa y Rut. Al cabo de algún tiempo murieron Elimelec y los dos hijos, y se quedó sola Noemí con Orfa y Rut.

Al regresar a Belén, por el camino les aconsejó se volvieran a casa de su madre.

«Noemí dijo entonces a sus dos nueras: «Id, volved, hijas mías cada una a casa de su madre, y que el Señor use de misericordia con vosotras como la habéis tenido vosotras con los difuntos y conmigo (Rut. 1, 8).

Ambas se pusieron a llorar, y le decían: «No, nos iremos contigo»; pero ante la insistencia de Noemí, Orfa se dejó convencer; se despidió de Noemí y de Rut y se volvió a su país. Rut no consistió en separarse de Noemí, y le dijo:

«No insistas en que te deje y me retire lejos de ti; donde tú vayas, iré yo; donde tu vivas, viviré yo; tu pueblo será mi pueblo, y tu Dios será mi Dios» (Rut. 1, 16).

La fe en el Dios de los israelitas, unidas a su amor filial, era, pues, la que impulsaba a Rut a estar fuera de su país. Juntas, pues, llegaron a Belén cuando se estaban segando las mieses.

Las mujeres de Belén, se decían: ¿Es ésta Noemí? - No me llaméis Noemí (hermosa), decía ella; llamadme Mara (amarga), porque el Omnipotente me ha llenado en extremo de amargura. Salí rica y Dios me ha hecho volver pobre.

Entonces Rut aprovechó el derecho que la ley de Moisés concedía a los pobres para ir a espigar, y así obtener el ali-

mento que ella y su suegra necesitaban, y se puso a espigar en un campo, que resultó ser de un hombre rico y bondadoso, llamado Booz.

Poco después se enteró Booz que Rut era una mujer moabita, que había mostrado muchas atenciones y cariño con Noemí, y encargó a los segadores que dejaran caer algunas espigas, para que pudiese recoger mayor cantidad sin ruborizarse...

Booz estimó después mucho a Rut y la amaba. Un día Booz le dijo: *«Bendita de Yahvé seas, hija mía...; toda la ciudad sabe que eres mujer virtuosa»*. Y luego la pidió por esposa.

Rut consintió y llegó a ser la madre de un hijo que se llamó *Obed*, el cual fue padre de Jesé o Isaí, y el abuelo del rey David.

De esta manera, por su matrimonio con Booz, que descendía en línea directa del patriarca Judá, Rut tuvo el gran honor, a pesar de su origen pagano, de llegar a ser progenitora del Mesías (Véase Mt. 1, 5).

LIBRO PRIMERO DE SAMUEL

40. Ana y su hijo Samuel. Helí y sus hijos

En los dos libros de Samuel se narran los hechos de los dos últimos jueces de Israel: Helí y Samuel, y la creación y consolidación de la monarquía israelita desde los jueces a David. Y se llaman libros de Samuel, porque en ellos se habla extensamente de este profeta, que fue el último Juez de Israel.

Ana, mujer de Elcana, de la tribu de Leví, carecía de hijos, y andaba afligida, y al ver que era estéril, iba con frecuencia a Silo donde estaba el Tabernáculo con el Arca de

la Alianza, y se postró ante el Señor con el corazón lleno de amargura y oró así:

«Yahvé de los ejércitos, si te dignas prestar atención a la angustia de tu sierva..., y me dieras un hijo varón, yo lo consagraré a Yahvé por todos los días de mi vida» (1 Sam. 1, 11).

El juez y sacerdote Helí estaba observándola. Al notar el movimiento de sus labios, la tuvo por una mujer ebria y que estaba fuera de sí. Mas ella entendiéndolo le dijo: *«No es mi Señor lo que creéis, es que estaba desahogando mi corazón con el Señor...»*. Entonces Helí repuso: *«Vete en paz y que Dios de Israel escuche tu oración»*.

Dios la escuchó, en efecto, Dios le dio un hijo al que llamó **Samuel** (dado por Dios), y tres años más tarde volvió a Silo con el hijo, que confió al sumo sacerdote para que le preparase a servir piadosamente al Señor en el Tabernáculo durante toda su vida.

Helí y sus perversos hijos. Helí tenía dos hijos sacerdotes: **OfnÍ y Finés**. Eran hombres perversos, que desconocían a Yahvé. Con su codicia y relajación de costumbre escandalizaban a todos. Helí les dijo: *«¿Por qué vosotros hacéis tales cosas y tan malas / Pues todo el pueblo me habla de ellas. No, hijos míos, porque es malo lo que de vosotros oigo... Pensad que sois intercesores ante Dios, y si un hombre peca, ofendiendo a Dios, ¿quién podrá interceder por él?»* (1 Sam. 2, 23 ss).

Helí dio buen consejo a sus hijos, pero lo hizo débilmente... y como seguían pecando, lo que debiera hacer era hablarles fuerte y removiéndolos del oficio que en el Tabernáculo ejercían, y porque le faltó valor para hacerlo le fue anunciado por Samuel el castigo que Dios reservaba para él y para sus hijos.

Dios habló a Samuel. Samuel dormía de ordinario en el vestíbulo del Tabernáculo, cerca de Helí. Una noche oyó una voz que le llamaba por su nombre: *¡ Samuel, Samuel!*. Creyendo que era el sumo sacerdote el que le llamaba acudió corriendo. *«He aquí, le dijo a Helí, pues me has llamado. No te he llamado, hijo mío, acuéstate y duerme*. Por tres veces oyó la misma llamada y fue a Helí, y le dijo: *No te he llamado*. Comprendiendo que era voz de Dios, le dijo. *Si oyes tu voz de nuevo, dirás: «Habla, Señor, que tu siervo escucha»*.

Se acostó y oyó el llamamiento de Dios, y entonces Samuel respondió: «*Habla Señor, que tu siervo escucha*». Entonces Yahvé le dijo: el mal que iba a sobrevenir sobre Helí y sus hijos por su mala conducta. Helí, por la mañana pidió a Samuel le dijera lo que le habría dicho el Señor. El joven tuvo que obedecer, y después de haberlo oído dijo estas hermosas palabras: «*El es el Señor, que haga lo que bien parezca*». Reflexionemos en nuestra oración sobre estas dos oraciones: «*Habla Señor, que tu siervo escucha y la dicha por Helí*».

41. Dios castigó al pueblo, a Helí y a sus hijos

No tardaron en cumplirse las amenazas de Dios. Los filisteos invadieron el país y cerca de Afec triunfaron de los israelitas, que perdieron 4.000 hombres.. No queriendo ver en aquella derrota un castigo del Señor, los israelitas se obstinaron en continuar la guerra, y para asegurarse la victoria enviaron a buscar el Arca de la Alianza, que bajo la custodia de OfnÍ y Finés fue transportada desde Silo al campamento; pero Dios no estaba entonces con ellos por sus pecados.

Los filisteos se atemorizaron al ver el Arca y decían: Ha venido Dios al campamento. ¡Desgraciados de nosotros!, pero alentados por sus jefes, entablada la batalla, fue derrotado Israel.

Un soldado israelita, que escapó del campo de batalla, fue a llevar a Silo la espantosa noticia del desastre. Llegó con la cabeza cubierta de polvo y los vestidos rotos, en señal de duelo. Al llegar a la presencia de Helí, éste le preguntó: «*Y qué ha pasado hijo mío!*». El soldado le dijo:

«*Israel huyó delante de los filisteos y ha sido grande el estrago: también tus dos hijos, OfnÍ y Finés, quedaron muertos, y el Arca de Dios ha sido tomada*» (1 Sam. 4, 17).

Apenas hubo mentado el Arca de Dios, cayó Helí de su silla hacia atrás, junto a la puerta, y se desnucó y murió. Cantaba entonces 98 años de edad, y había gobernado como Juez de Israel durante cuarenta años. ¡Terrible ejemplo para los padres de familia que son demasiado indulgentes para con sus hijos!

¿Qué sucedió después? Capturada el Arca de la Alianza por los filisteos, éstos la llevaron a su país como trofeo glorioso, y la colocaron en el templo de su ídolo Dagón, en Azoto; pero al día siguiente vieron el ídolo hecho pedazos delante del Arca. Además se propagó entre todos sus habitantes una enfermedad eruptiva muy dolorosa, mientras que un ejército de roedores infestaba la ciudad y devastaba los campos. Convencidos de que aquellas calamidades les venían del Dios de Israel, determinaron devolver el Arca.

Las gentes de Betsames que estaban segando el trigo y viendo al Arca pasar, hicieron sacrificios al Señor con mucha alegría; mas los hijos de Jeconías que no se alegraron con las gentes de Betsames al ver el Arca, Yahvé hirió a setenta hombres de entre ellos. Los de Betsames se decían: *¿Quién podrá estar en la presencia de Yahvé, este Dios tan santo? Y hacia quien irá esta Arca al alejarse de nosotros?* (1 Sam. 6).

Los de Betsames rogaron a los habitantes de Quiriat-Jearim que vinieran y la llevaran a casa de un ciudadano piadoso, llamado Abinadab, y consagraron a Eliezer, su hijo, para que custodiase el Arca de Yahvé, y Dios bendijo a la casa de Abinadab.

El Arca santa merecía gran respecto porque allí se manifestaba la presencia de Dios, mas hoy nuestro Dios, Jesucristo, el Dios hecho hombre, por amor nuestro está en el Sagrario de nuestros altares y está mereciendo nuestro gran respecto y adoración.

42. Samuel, juez de Israel. Saúl, primer rey

«Samuel creció y Yahvé estaba con él... Todo Israel desde Dan a Berseba, reconoció que era un verdadero profeta de Yahvé» (1 Sam. 7, 3).

Samuel, pues, fue designado para ejercer el cargo de juez, después de Helí. El convocó a los israelitas a una asamblea solemne, y viéndoles bien dispuestos, arrepentidos de haber ofendido a Dios, les habló así:

«Si de todo corazón os volvéis a Yahvé, quitad de en medio de vosotros los dioses extraños y los de Astartés, dirigid vuestro

corazón hacia el Señor y servidles sólo a Él, y Él os libraré de las manos de los filisteos». (1 Sam. 7, 3).

Los israelitas obedecieron sin tardar, ayunaron y confesaron humildemente sus pecados. Los filisteos que los creían indefensos, vinieron a atacarlos en Masfa donde se habían congregado con Samuel. Los israelitas tuvieron miedo de los filisteos y dijeron a Samuel:

«No ceses de clamar por nosotros a Yahvé, nuestro Dios, para que nos salve de la mano de los filisteos» (1 Sam. 7, 8).

Samuel intercedió en presencia del Señor por el pueblo que le había confiado, y ofreció sacrificios por esta intención. Dios lo escuchó, e hizo estallar una violenta tormenta sobre los filisteos, que los puso en derrota.

Los hombres de Israel los persiguieron con valor, y fue tal la humillación, que estos no intentaron combatir más a Israel durante toda la vida de Samuel.

Los israelitas piden un rey. Querían tenerlo, a semejanza de los pueblos de Oriente. Esta petición inesperada contristó a Samuel, porque creía que ninguno debía ser rey en una nación donde el Señor había sido y debía seguir siendo el verdadero rey; pero al fin, aunque esto era una ingratitud, el Señor le aconsejó que atendiera los deseos del pueblo, no sin antes hacerles ver los impuestos y exigencias despóticas de los futuros reyes, que serían como las de los otros reyes orientales.

Pero al fin, por circunstancias intrascendentes, Dios quiso que se llegase al cumplimiento de los que Él tenía ordenado. Había un hombre en la tribu de Benjamín, por nombre Cis, al que se le perdieron unas borricas que tenía para labrar, por lo que encargó a su hijo Saúl que saliese con un criado por cerros y campos en su busca. Cansados de buscarlas, estando cerca de Rámata, residencia de Samuel, se le ocurrió preguntarle al profeta acerca del paradero de las bestias.

«Un día antes de la llegada de Saúl, Yahvé había avisado a Samuel diciéndole: «Mañana a esta hora, te enviaré a un hombre del país de Benjamín, al que ungirás por jefe sobre Israel, mi pueblo; él libraré a mi pueblo del poder de los filisteos. Luego que Samuel vio a Saúl, Yahvé les dijo: Este es el hombre de quien te hablé ayer... (1 Sam. 9, 15-17).

Compareciendo Saúl ante el «Vidente», le hicieron su consulta; mas entonces Samuel, que por revelación de Dios sabía que aquel joven era Saúl, el que había de ser rey, tras asegurarles que las borricas habían sido halladas, les convidó a comer con él.

Al día siguiente, tomando aparte a Saúl, le ungió rey, derramando aceite sobre su cabeza, y después de haberle abrazado le despidió.

En el mismo instante Dios dio a Saúl un corazón y un espíritu nuevo, para ayudarle a cumplir la misión para la que había sido elegido.

La sociedad humana sin autoridad carece de cohesión y de unidad... y se deshace.. A los gobernantes los pondrá elegir la sociedad de un modo o de otro con una u otra forma de gobierno; pero una vez elegido el que ha de gobernar, su autoridad no le viene del pueblo, sino de Dios y a toda autoridad, legítimamente constituida, debemos obedecer, mientras no legislen contra la ley de Dios.

43. Elección de Saúl y sus primeras victorias

Samuel convocó una asamblea general en Masfa para elegir un rey como habían pedido. Echaron, pues, suerte por tribus y familias, y terminó recayendo la suerte sobre Saúl, y cuando estuvo en medio de todos, entre los que descollaba por su estatura, entonces Samuel dijo a todo el pueblo:

«¿Veis al que ha escogido Yahvé? No hay entre todos otro semejante a él». Y gritó todo el pueblo: *«¡Viva el rey!»* (1 Sam. 10, 24).

Saúl era un hombre de gran estatura y no carecía de valor ni de pericia militar como lo demostró muy pronto. Al principio de su reinado siguió los caminos del Señor que la hablaba por boca de Samuel, y triunfó de los enemigos de su pueblo, mas no fue así siempre.

Veamos una de su grandes victorias: Pasó cosa de un mes, y subió Najas, rey de los amonitas con poderoso ejército a sitiar la ciudad de Jabes de Galaad. Los israelitas que allí viéndose impotentes para resistir, le prometieron rendirse

si consentía en celebrar un tratado de alianza con ellos. Mas recibieron de Najas esta cruel respuesta:

«Entraré en negociaciones con vosotros, a condición de sacaros a cada uno de vosotros el ojo derecho, infligiendo así un oprobio a todo Israel» (1 Sam. 11, 2).

Al oír los habitantes de Jabes la respuesta de Najas, enviaron mensajeros a Saúl pidiéndole socorro con insistencia. Cuando le contaron a Saúl cuál había sido la respuesta de Najas, *«el espíritu de Dios se apoderó de Saúl»*, e irritado en gran manera, mató a dos bueyes con los que volvía del campo y los cortó en trozos, que hizo llevar por todo el territorio de Israel por medio de mensajeros con esta amenaza = *«El que no siga a Saúl y a Samuel, verá sus bueyes tratados de la misma manera»* (1 Sam. 11, 7).

Este llamamiento a los guerreros de la nación tuvo un éxito completo, pues miles y miles de hombres acudieron para defender a sus hermanos de Jabes, y cayendo de improviso sobre los batallones amonitas, los derrotaron al primer encuentro. Saúl entró luego en Jabes con su ejército victorioso ante la alegría y las aclamaciones del pueblo que la debía la libertad.

Por entonces, en una asamblea del pueblo, reunido en Gálgala, Samuel abdicó solemnemente su cargo de juez de Israel... y les dijo: Ahí tenéis el rey que habéis querido y habéis pedido. Yahvé le ha puesto por rey vuestro. No obstante esta vuestra petición, os digo:

«Si teméis a Yahvé y le servís y escucháis su voz, si no sois rebeldes a sus mandatos, tanto a vosotros como al rey que ahora reina sobre vosotros, todo os sucederá bien. Pero si no escucháis la voz de Yahvé, si sois rebeldes a sus mandamientos, su mano se dejará sentir sobre vosotros como se dejó sentir sobre vuestros padres» (1 Sam. 12, 14 ss).

A continuación les añadió: Quedaros todavía para que veáis el portento que Yahvé va a realizar ante vuestro ojos. El enviará truenos y lluvias para que sepáis y veáis cuan gran mal es a los ojos de Dios el pecado que habéis cometido, pidiendo para vosotros un rey.

Después invocó Samuel a Yahvé, y Yahvé envió ese mismo día truenos y lluvias con lo cual el pueblo tuvo un gran temor de Yahvé y de Samuel. Entonces todo el pueblo dijo a

Samuel: «*Ruega a Yahvé tu Dios por tus siervos para que no muramos...*». No temáis, le dijo Samuel, seguiré rezando por vosotros; pero si seguís haciendo el mal, pereceréis vosotros y vuestro rey.

44. Desobediencia de Saúl y cómo fue rechazado por Dios

Samuel cumplió fielmente con su misión. Les dejó en manos del rey que habían elegido; pero a pesar de encargarles mucho que no se olvidasen de Dios, al poco tiempo quebrantaron sus mandamientos que era el camino para ser felices.

En el segundo año del reinado de Saúl, los filisteos atacaron a los israelitas con un formidable ejército. A la vista de las fuerzas enemigas, se apoderó de muchos israelitas tal pánico, que muchos desertaron cobardemente... Samuel le tenía dicho de parte de Dios que no emprendiese las operaciones y esperase siete días para ofrecer antes un sacrificio...; pero el séptimo día, al no ver a Samuel, Saúl pecó arrogándose él mismo el honor de presidir el holocausto, usurpando así las funciones sacerdotales. Dijo entonces Saúl: «Traedme el holocausto y las víctimas pacíficas», y él mismo ofreció el sacrificio.

Apenas ofrecido, vino a Samuel, y Saúl salió a su encuentro para saludarle. Entonces Samuel le respondió severamente diciéndole:

«Has obrado neciamente. No has observado el mandato que Yahvé, tu Dios te impuso. Yahvé estaba ya para establecer tu reino sobre Israel para siempre, pero ahora tu reino no se consolidará. Yahvé ha buscado para sí un hombre conforme a su corazón, para que sea el jefe de su pueblo, por cuanto tu no has guardado su mandato» (1 Sam. 13, 13-14).

Otra vez, habiéndole Dios mandado por Samuel que, derrotado el ejército de los amalecitas, los diese al anatema exterminándolos a todos, (porque en otro tiempo impidieron el paso a Israel cuando estaba cerca del Sinaí y porque era una raza de instintos perversos, y que no se quedase con bienes algunos suyos), derrotó, ciertamente, el ejército de los amalecitas, pero se reservó los mejores rebaños y se llevó al rey Agag prisionero.

Entonces Dios encargó a Samuel que fuera a reprender a Saúl por sus faltas; más éste tuvo la audacia, al acercarse Samuel, de decirles: *«He cumplido la orden del Señor»*. Samuel indignado le contestó: *«¿Qué es ese balido de ovejas que estoy oyendo?»*. Saúl se excusó diciendo que los había conservado para ofrecerlos a Dios en sacrificio. Mas Samuel lo dejó confundido al replicarle:

«Más vale la obediencia que los sacrificios, y el ser dócil a la palabra de Dios, vale más que el sebo de los carneros. Puesto que has rechazado la palabra de Yahvé, El te rechaza también a ti como rey» (1 Sam. 15, 22-23).

Luego dijo Samuel: *«Traedme a Agag, rey de Amalec»*, y le dijo: *«Así como tu espada ha privado de hijos a tantas madres, así será entre las mujeres tu madre privada de su hijo»*. Y luego degolló a Agag ante Yahvé, en Gálgal. Después se marchó Samuel para Ramá y no volvió a ver a Saúl hasta el día de su muerte, y se lamentó por su suerte, porque Dios lo había reprobado.

Seamos siempre obedientes a los mandatos de Dios, porque son los que nos salvan.

45. Saúl y David

David sucedió a Saúl en el trono, pero antes de desechar por completo Dios a Saúl, le fue revelado a Samuel que ungiera a David por rey, y poco después entraría al servicio de Saúl.

La sentencia contra Saúl era irrevocable, y por lo mismo Dios mandó a su profeta Samuel que fuera secretamente a Belén, a ungir por rey de Israel a uno de los hijos de Jesé = Isai. Obedeció Samuel y le dijo a Jesé que le fuese presentando uno por uno a todos sus hijos. Cuando vino Eliab, el primogénito, joven de hermosa presencia, creyó ver en él el elegido de Yahvé; pero el Señor le habló interiormente: *«No tengas en cuenta su exterior ni su elevada estatura; porque yo lo rechazo. Dios no ve como el hombre. El hombre ve lo exterior, mas Yahvé ve el corazón»* (1 Sam. 16, 7).

Jesé hizo pasar de la misma manera a sus otros seis hijos por delante de Samuel quien recibió de Dios la misma res-

puesta: ninguno de ellos era su elegido. El profeta preguntó entonces al padre: *«¿Son estos todos tus hijos?»*. Jesé respondió que tenía todavía uno, David, el más joven que guardaba las ovejas en el campo.

- Hazle venir, dijo Samuel, porque no nos sentaremos a la mesa hasta que venga. Al poco tiempo se presentó David, que era casi un niño, rubio, de hermosa presencia y agradado rostro.

«Este es, dijo Dios al profeta, el rey de Israel». Samuel le ungió derramando aceite sobre su cabeza, y desde aquel momento el espíritu de Dios estaba con él. Fue una preparación para la dignidad real. Después Samuel volvió a su casa de Rama.

Saúl continuaba reinando; pero mientras el espíritu de Dios estaba con David, no así con Saúl, del que se apoderó cierto malestar, que, a ratos, le agitaba y le volvía furioso. Por esta causa sus servidores le dijeron que buscarse a un hombre hábil en tocar el arpa y sería aliviado. Saúl aceptó, y entonces un criado suyo le dijo:

«Yo conozco a un hijo de Isaí de Belén, que sabe tañer, hombre valiente y de guerra, prudente en el hablar y de gallarda presencia y Yahvé está con él» (1 Sam. 16, 18).

David fue pronto presentado a Saúl y le cobró mucho cariño y le hizo su escudero.

Por entonces, los filisteos invadieron el territorio de Israel, y salió Saúl a su encuentro con tropas, y estando frente a frente los ejércitos, de pronto, un filisteo gigante, llamado Goliat, cuya altura era de tres metros, revestido con coraza escamada y casco de bronce, se encaramó con el ejército de Israel, y les decía: *«Escoged a un hombre que venga a pelear conmigo. Si él es capaz de hacerlo y me mata, seremos siervos vuestros, pero si yo lo mato, nos quedaréis sujetos»*.

Los soldados de Israel estaban con miedo, pero David que llegó a oír las bravatas del gigante, dijo a Saúl y a todos que no se desmaye vuestro corazón, yo iré y lucharé contra él, y al fin, tomando su cayado, una honda y cinco piedras, lleno de confianza en Dios, dijo a Goliat:

«Tu vienes contra mí con espada, lanza y venablo, mas yo voy contra ti en el nombre de Yahvé de los ejércitos, el Dios de

Israel, a quien tu has ultrajado. Hoy te entregaré Yahvé en mi mano...» (1 Sam. 17, 45 s).

Entonces burlándose, cuando avanzaba hacia David, éste corre a su encuentro, echa mano a la honda, y pone en ella una piedra, y después de hacerla girar sobre su cabeza, la suelta y fue a hundirse en la frente del filisteo, que cayó desplomado al suelo.

David se lanzó sobre él, le arrancó su espada y con ella le cortó la cabeza, que más tarde llevó a Jerusalén en trofeo.

El que confía en el Señor, obra grandes prodigios.

46. Amor de Jonatán a David y envidia de Saúl

Jonatán, hijo de Saúl, cobró grandísimo cariño a David, vencedor de Goliat, y desde entonces le amó como a sí mismo e hizo un pacto con él poniéndole el manto que llevaba. Al contrario Saúl concibió respecto a David una envidia y odio implacable.

He aquí la ocasión: Mientras el rey y su ejército volvían victoriosos de los filisteos, coros de mujeres al son de flautas y panderos, salían diciendo: **«Saúl mató a mil, y David a diez mil»**.

Saúl se irritó mucho, y esto le desagradó, pues decía: *«Dan diez mil a David y a mi mil, nada le falta, sino es el reino»*. Desde entonces miraba Saúl a David con malos ojos. Un día que tocaba el arpa para calmarle durante una de sus crisis terribles, mientras tenía la lanza en su mano, Saúl se dispuso a arrojársele diciéndose:

«Clavaré a David en la pared. Pero David esquivó el cuerpo por dos veces delante de él. Entonces Saúl temió a David, porque reconoció que Yahvé estaba con éste, y de él se había apartado» (1 Sam. 18, 11-12).

Otro día se dijo Saúl: «No quiero poner mis manos sobre David; que le maten las de los filisteos. Supo después que su hija Micol amaba a David, y esto le agradó, y así se decía: *«Se la daré para que le sirva de lazo, y le haga caer en manos de los filisteos»*.

Saúl le propuso que se casaría con su hija Micol, a condición de que matase a cien filisteos. Esperaba que David su-

cumbiera en la lucha. David mató a doscientos, y el rey tuvo que cumplir otra vez su promesa. Saúl vio claramente que Yahvé estaba con David y que Micol, su hija, le amaba. Los servidores de David también veían que todas las cosas le salían bien a David y lo admiraban, llegando a ser muy celebrado su nombre.

Saúl sigue persiguiendo abiertamente a David y le propuso a Jonatán y a sus servidores que lo matasen. Al oír esta noticia Jonatán, puso en guardia a David y lo abrazó, prometiéndole que juraría defenderle.

David se vio obligado a andar desde aquel día errante de una parte a otra para librarse del cruel perseguidor. En tan angustiosa situación se fue a Nob, a casa del sumo Sacerdote Ajimelec para pedirle de comer y una espada. David le pidió cinco panes o lo que tuviera para él, y el grupo de mozos que le acompañaban y como no tuvieran más que el «pan santo» o panes de la proposición, de ellos le dio para que comiesen. El sumo Sacerdote pagó caro aquel acto de caridad, porque el traidor Doeg dio cuenta a Saúl, y se valió del mismo Doeg para matar al Sumo Sacerdote y a 85 sacerdote más (1 Sam. 22, 17-18).

Con todo se salvó un hijo de Ajimelec, que se llamaba Abiatar, el cual huyó en pos de David. Saúl pasó luego a cuchillo a toda la ciudad de Nob.

¡A donde llega la envidia y el odio de un hombre!

47. Magnanimidad de David

Merece ésta una especial mención, por ser perseguido a muerte por Saúl con tres mil hombres. David pudo matarlo por dos veces: una vez en la cueva de Engadí, no lejos del mar Muerto. David estaba oculto con algunos de sus soldados en aquella cueva, y a ella misma se acercó Saúl para hacer una necesidad: tan oscura estaba.

David consiguió acercarse a él por detrás y cortar la orla de su manto. Cuando Saúl se alejó alguna distancia, David salió de la cueva y le gritó diciendo:

«En este día ven tus ojos como Yahvé te ha entregado en mis manos en la cueva, pero aunque me instigaron a que te mata-

ra, me he compadecido de ti y no he querido matarte por ser el ungido del Señor. Mire, en mi mano tengo la orla de tu manto.. (Saúl reconoció su culpa) y dijo:

Más justo eres tu que yo, porque tu me has hecho bien y yo te he pagado mal... Que Yahvé te recompense lo que conmigo has hecho. Ahora sé con certeza que tus serás rey... Júrame, por Yahvé, que no destruirás a mi descendencia después de mi. David se lo juró (1 Sam. 24, 11-23).

Saúl manifestó su arrepentimiento, pero le duró poco, porque poco después continuó su oficio de perseguidor.

Otra vez, por aquellos mismos sitios, durante una noche pudo acercarse al campamento enemigo y llegar a la misma tienda de Saúl donde dormía él y sus jefes, y se llevó su lanza. Pudo clavarle con ella como le pedía su acompañante y huir, pero no quiso hacerlo, por ser el ungido del Señor, y apartado de allí le gritó desde lejos para que lo supiera, enseñándole su lanza. Saúl dejó de perseguirlo por entonces.

Muchos no saben más que hacer mal por bien, pero lo más bello es saber devolver bien por mal, y como nos dice Jesucristo: *Amad a vuestros enemigos, hacedles bien, orad por ellos... Haz bien, y no mires a quien...*

48. Trágica muerte de Saúl

Había muerto Samuel. Todo Israel le había llorado, y había sepultado en Ramá, su ciudad. Saúl había hecho desaparecer de aquella tierra a todos los evocadores de muertos y adivinos.

Un día le declararon la guerra los filisteos, que acamparon en las llanuras de Sunam. Sául reuniendo sus tropas, tomó posiciones en los montes de Gelboé, y temblando ante la fuerza enemiga, consultó al Señor, a cuyos sacerdotes había hecho degollar sacrílegamente, mas el Señor no le respondió.

Entonces fue en busca de una hechicera, para que hiciera aparecer la sombra de Samuel y saber de él el éxito de la batalla. Mientras la hechicera se disponía a hacer los sortilegios de costumbre, para engañar a Saúl, Dios, no por vir-

tud de ella, sino por inescrutable decreto, dejó oír al impío rey la voz del venerable profeta, que de dijo: «¿Por qué has turbado mi reposo, haciéndome aparecer? ¿Por qué me preguntas a mi cuando Yahvé se ha retirado de ti y se ha hecho enemigo tuyo?... Mañana, tú y tus hijos estaréis conmigo, y Yahvé entregará el ejército en manos de los filisteos» (1 Sam. 28, 15-19).

Esta profecía se realizó a la letra. La batalla se libró al pie de los montes de Gelboé. Los israelitas quedaron derrotados. Saúl gravemente herido, sacó su espada y apoyando el pecho sobre la punta, se dejó caer sobre ella, atravesándose de parte a parte, para no caer vivo en mano de los crueles filisteos. Sus hijos murieron también en aquella batalla.

David, aunque entonces quedó libre de su enemigo, fue noble y lloró por Saúl y por su hijo Jonatán, gran amigo suyo, y compuso una elegía por ellos:

¡La flor de Israel, traspasada, yace sobre tus alturas!

¡Montes de Gelboé, ni rocío ni lluvia vuelvan a caer sobre vosotros... ¡Cómo cayeron los héroes en el campo de batalla!.

Así desapareció Saúl, valiente, emprendedor, sacrificio por su pueblo. Todo iba bien mientras cumplió la ley de Dios; pero terminó mal por no seguir los consejos de Samuel. Su fin triste y miserable, fue visiblemente un castigo de Dios.

SEGUNDO LIBRO DE SAMUEL

49. El reinado de David

Después de la muerte de Saúl y de sus tres hijos en la batalla de Gelboé, David fue proclamando rey de Israel. David cumplió el juramento hecho a Saúl de no exterminar a su familia, y es más por amor a Jonatán la favoreció.

Una vez que murió Saúl, David recibió de Dios la orden de establecerse en Hebreón, para desempeñar el cargo del rey, y allí fue la tribu de Judá, única, a principio, que le reconoció como rey de Israel.

Las demás tribus se pusieron al lado de Isbaal, hijo de Saúl, porque el generalísimo de los ejércitos de Saúl, Abner, lo alzó por rey.

David permaneció en Hebrón unos siete años, y mientras tanto hubo frecuentes luchas entre los partidarios de los dos reyes.

Isbaal terminó pasándose al partido de David, y Abner se dispuso a hacerlo con todas las demás tribus y se le proclamaría único rey de Israel.

En estas circunstancias, temiendo Joab, generalísimo de David de ser suplantado por Abner, le asesinó alevosamente... David sintió mucho la muerte de Abner e hizo duelo por él.

Poco tiempo después de presentarse Isboset a David prometiéndole su unión, dos oficiales del mismo Isboset se presentaron la cabeza de éste, a quien villanamente habían decapitado sorprendiéndole dormido en la cama; pero David dio justa recompensa a los miserables asesinos, mandando quitarles la vida.

Entonces todas las tribus de Israel con sus ancianos y ungieron a David por rey sobre Israel. Treinta años tenía David cuando comenzó a reinar, y reinó cuarenta años. En Hebrón reinó sobre Judá siete años y seis meses, y treinta y tres años en Jerusalén sobre todo Israel y Judá (2 Sam. 5, 1-5).

Una vez que todas las tribus unidas proclamaron a David como rey de Israel, éste se propuso establecer la capital de su reino en Jerusalén, pero era preciso conquistarla, desalojando de la colina de Sión a los jebuseos, que desde los tiempos de Josué se habían refugiado en aquella fortaleza inexpugnable.

Cuando supieron que David se proponía desalojarlos dijeron:

«Aquí no entrarás; los ciegos y los cojos bastarán para impedírtelo con sólo decir: «¡David no entrará aquí!»» (Sam. 5, 6).

Pero aquella fortaleza fue tomada por asalto, y desde entonces la colina de Sión recibió el nombre de «Ciudad de David», y quedó en proverbio: *«Ni ciego ni cojo entrará en la casa»*.

Luego tuvo que luchar contra los filisteos, que se levantaron contra él al saber que había sido ungido rey de todo Israel y les ocasionó dos grandes derrotas, de las que tardaron tiempo en reponerse.

Más tarde tuvo que sostener otras guerras contra los mohabitas, los idumeos y los sirios, a los que sometió y les impuso un tributo anual que le proporcionó grandes cantidades de oro y plata para la construcción del futuro templo.

50. Traslado del Arca a Jerusalén

Después de las victorias dichas, el joven rey pensó hacer de Jerusalén un centro religioso para todo Israel, y para eso pensó en trasladar el Arca Santa, depositada en la casa de Abinadab, en Quiriat-Jearim, al mismo Jerusalén donde la había preparado un magnífico Tabernáculo.

El Arca de Dios la colocaron en un carro nuevo tirado por dos bueyes. Al sonido de instrumento de música y entonando salmos y cánticos, que el mismo David había compuesto, acompañado de treinta mil hombres selectos de Israel y de todo el pueblo, se pusieron en marcha y le acompañaron piadosamente. Entonces un doloroso incidente turbó aquella fiesta solemne cuando se encontraban a corta distancia de Jerusalén.

He aquí lo sucedido:

«Oza y Ahío, hijos de Abinabad, conducían el carro... Oza iba al lado del Arca de Dios... y extendió la mano hacia el Arca y la agarró, porque los bueyes la sacudían. Entonces se encendió la ira de Yahvé contra Oza, y le hirió allí cayendo muerto junto al Arca de Dios» (2 Sam. 6).

El que Dios castigara con la muerte a Oza, fue sin duda por haber olvidado, a pesar de su buena intención, que sólo los sacerdotes estaban autorizados para tocar el Arca. Dios quiso recordar a su pueblo, por medio de este ejemplo el profundo respecto con que debían ser trasladados los objetos y cosas santas y culto.

Atemorizado entonces de Yahvé, David dijo: «¿Cómo voy a traer a mi el Arca de Dios?... Y prefirió que fuera trasladada a la casa de Obededom, geteo, permaneciendo en ella tres meses, y al saber después que Yahvé había bendecido a la casa de Obededom, la trasladó a Jerusalén con un júbilo-so cortejo.

Delante de aquella procesión iba David y delante del Arca con movimientos graciosos y rítmicos que constituían la danza religiosa de los orientales, y al ser introducida el Arca en el Tabernáculo preparado se inmolaron numerosas víctimas. David bendijo a los asistentes en el nombre del Señor y los despidió. Después organizó el culto y compuso numerosos salmos.

Entonces, por haberse burlado Micol de la danza de David ante el Arca de Dios, David la reprendió, y termina diciendo la Escritura: «Y Micol hija de Saúl, ya no tuvo más hijos hasta que murió» (2 Sam. 6, 23). Aquí tenemos como la expresión «hasta que» equivale a nunca» (Véase Mt. 1, 25).

Entonces también fue hecha a David la profecía en la que se anuncia que el Mesías, el Salvador de Israel y del mundo entero, pertenecerá a la familia de David, que será rey y que su reino no tendrá fin.

Cuando el ángel hable a María del Niño que va a nacer, continuará los términos de la profecía: «El será grande, y será llamado Hijo del Altísimo. El Señor Dios le dará el trono de David su padre; El reinará sobre la casa de Jacob eternamente, y su reino no tendrá fin» (Lc. 1, 32-33).

51. Los dos grandes pecados de David

David fue grande por sus cualidades de rey, pero también hombre pecador. No supo defenderse contra las tentaciones y cometió, uno tras o otro dos grandes pecados. Primeramente, fijándose desde el terrado de su casa en Betsabé, que se estaba lavando, concibió por ella una pasión criminal. Esta mujer era la esposa de Urías, uno de los mejores oficiales del ejército de David, y pecó con ella.

David, para ocultar su pecado y poderse casar con Betsabé, cometió otro no menos horrible, dando una orden inicua a Joad, general en jefe, que estaba lejos de Jerusalén, ocupado con Urías en hacer guerra a los enemigos de Israel. En una carta (de la que fue portador de la sentencia de su muerte el mismo Urías), le decía:

«Colocad a Urías en aquel lugar del frente donde más recio sea el combate, y retiraos de él para que sea herido y muera» (2 Sam. 11, 25).

Urías fue, en efecto, muerto, combatiendo denodadamente, y luego David se casó con Betsabé. ¡A qué extremo tan infame arrastran las pasiones cuando se enseñorean del corazón humano!

Mas Dios tuvo piedad de su siervo David, pero justamente airado, le envió el profeta Natán para reprenderle severamente por su conducta. El enviado de Dios se expresó primeramente bajo la forma de parábola diciendo:

«En una ciudad había dos hombres: el uno rico y el otro pobre. El rico tenía ovejas y bueyes en gran número. El pobre tenía tan solo una ovejita, que había comprado y criado, la cual había crecido juntamente con él y con sus hijos, comiendo de su pan y bebiendo de su copa y durmiendo en su seno; era para él como una hija.

Mas llegó un viajero al hombre rico, y no queriendo éste tocar a sus ovejas ni a sus bueyes para dar de comer al viajero que le había llegado, tomó la ovejita del pobre, se la aderezó para el hombre que había venido a su casa.

David se airó fuertemente contra aquel hombre y dijo a Natán: «*¡Vive Yahvé que el hombre que ha hecho esto es digno de muerte! Pagaré la oveja cuatro veces más por haber hecho esto y no haber tenido piedad»*.